

Sitienes
este tesoro
y no te apro
vechadel no
tienes mas
que perde



✱

EXERCICIO PRACTICO DE LA VOLUNTAD *DE DIOS.*

TRABAJOS, QUE CORRESPONDEN A CADA GRADO DE ORACION.

SACADO A LUZ

Por el Lic. D. IGNACIO DE ASENJO y Crespo, Canonigo de la Santa Iglesia Catedral de la Puebla.

Dedicado à S. Francisco de Sales, y Sta. Teresa de Jesus.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta Mayor de la Ciudad.

À LA SANTA MADRE
TERESA DE JESUS,
Y
À SAN FRANCISCO
DE SALES.

VUELVE como à su fecunda vena à vuestro sagrado refugio esta centella de afectos, este destello de amor, este de la semilla de vuestro Espiritu reverente humilde retorno: estas de la abundancia de vuestro riego,

 es-

espirituales flores, en práctica de virtudes, nacidas de un corazon cultivado con el exercicio de vuestra soberana doctrina.

(*) *Hæc tibi nota tuo de semine consecro sponsa Lilia, & his patrium floribus addo solum.*

A tì, ò Teresa, Maestra, y Doctora Mystica, cuya doctisima ignorancia ha hecho parecer ignorantisima la ciencia de muchos hombres de letras.

(*) *Sthola Cor. lect. 7. lib. 3.*

A tì, ò primero, y quarto Francisco, Señor, y Principe de Geneva, vuelven como à su profundo mar estos humildes arroyos. Y si para tanto Patrono es desigual por su pequeñez la Obra, sirva de disculpa à mi afecto, los dos amantes à quienes la consagro. No estrañeis el estìlo, ò Santissimo Francisco! Pues son vuestras las palabras, que para dedicaros algo, he de mendigar lo que es vuestro: *Y aunque este Tratado*, dice el Santo (Prolog. de la pract.) *sigue*

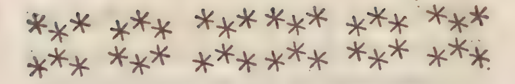
muy de lexos à todos los excelentes Libros, sin que aspire à poderlos igualar. Con todo eso espero en los dos celestiales amantes à quienes le dedico, serà de algun servicio, y se hallaràn en èl algunas consideraciones, que apenas se pueden hallar en otros. Y à què otros mas uniformes en el espiritu, mas univocos en la enseñanza, pude elegir para amparo de estos movimientos de amor, sino à tan celestiales amantes? Permitidme, ò Padre, y Señor mio, que lo que

con

con tanta eloquencia escribisteis à la Madre Fundadora de la Visitacion (Epist. 12. lib. 1.) sirva de elogio para la Santa Madre Teresa. *Yo confieso delante de los Angeles, que sois para mì tan preciosa, como yo mismo. Yo soy inseparable de vuestra alma, y por decirlo con el Espiritu Santo: Nosotros no somos yà mas que un corazon, y una alma.* A un corazon, à un alma, dedico este pequeño Libro. Y si entre Teresa de Jesus, y Francisco, solo media Jesus, quièn hà de di-

dividir à los dos, quando los hace inseparable la union, ò vinculo de Jesus?

Viva Jesus.



EXERCICIO PRACTICO DE LA VOLUNTAD DE DIOS.

PRIMER GRADO.

CAPITULO PRIMERO.

NO hay cosa en el camino espiritual mas encomendada de los Santos, y Maestros espirituales, que la rectitud de intencion en las

las obras; porque como estas nò tienen en sì mas perfeccion, que las que les dà el fin, por el qual fueron hechas, al paso que este fuere mas alto, y excelente, mereceràn las obras titulo de tales; y al contrario, quanto el fin fuere menos noble, mas viles, y de poco valor seràn ellas: siendo pues esto assi, yà se vè quan nesesario es, si querèmos adelantarnos en virtud, perfecion, y meritos, obrar siempre por el modo mas alto, y perfecto fin; no contentandonos, ni parando en otro alguno, pues està en nuestra mano, supuesto, que nos adornò Dios nuestro Señor de una voluntad tan po-

poderosa, eficaz, y noble, que con ella podemos amar, ò aborrecer; obrar, ò dexar de obrar, quando, y como guſtaremos, y por el fin, y motivo que quisieremos.

Muchos fines hay santos, y buenos, por los quales puede el alma obrar, como son, por el premio de la Gloria, por adquirir virtudes, por librarse de las penas del Infierno, y otros semejantes. Y aunque eſtos son todos fines santos; pero entre todos, el mas aventajado, el mas excelente, el que mas perfeccion dà à nuestras obras, y mas agradables las hace à Dios nuestro Señor, es el obrar por solo cumplir

plir su santisima voluntad, y divino beneplacito, teniendole siempre delante de los ojos como guia, regla, medio, y fin de todas nuestras acciones, y exercicios. Este es el mas alto, y encumbrado, mas breve, facil, y seguro, conveniente, y proporcionado; no solo à los perfectos, sino tambien à los aprovechados, y principiantes, y en fin à todo genero de personas, Religiosos, seglares, doctos, y simples, en el qual exercitandose como conviene, y declararèmos, conseguiràn todas las virtudes con perfecion en breve tiempo, que en esto es en lo que singularmen-

te se aventaja à los demàs exercicios; porque en qualquiera de ellos se exercita una virtud sola, pero en este todas à un mismo tiempo, la negacion propia, pureza de corazon, presencia de Dios, conocimiento de este Divino Señor, y suyo propio, total aniquilacion de todo lo que no es Dios, con cuyo amor se une con vinculo estrecho de amor, y charidad; y todo esto solo con este divino exercicio de la voluntad de Dios, pues quien de veras le busca en todas sus acciones, forzoso es negar la suya propia, y desterrar del corazon todo lo que à la divina con-

contradice, con cuya diligencia purificado el corazon, y quitados los estorbos que en èl estaban connaturalizados, se halla el alma del todo resignada, y conforme con la voluntad de su Hacedor, y deseosa de cumplirla perfectisimamente en todo, que como quien yà no cuida de otra cosa, no aparta la memoria, y la vista del alma de su Señor, y su Dios, el qual de tal suerte vivifica, y alumbra con particular luz divina, que à un mismo tiempo conoce con experimental noticia la suavidad, y grandeza, è immensidad divina, y la vileza de su misma nada, y de todas es-

tas cosas inferiores, cuya verdad conocida, la facilita el despego de todas, y la ocasiona una general desestima de ella, y de sì misma; y avergonzandose yà de poner el corazon en cosa, que sea menos que Dios, à èl solo aspira con ansias amorosas, con quien unida, y en èl transformada, con solo èl vive contenta, pacifica, y quieta; pudiendo decir con el Apostol: *Vivo ego, jam non ego, vivit in me Christus*, y con razon, pues solo vive en ella la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento, y beneplacito busca.

CAPITULO II.

Proponese la practica de este exercicio.

LA practica de este exercicio, es la siguiente: Que todas las obras, y acciones, ò sean necesarias, ò sobrenaturales, corporales, ò espirituales, pensamientos, palabras, obras, ò yà resistiendo tentaciones, ò yà admitiendo inspiraciones, desarraigando vicios, ò plantando virtudes, trabajando, ò reposando con salud, ò sin ella, en prosperidad, ò adversidad, con gusto, ò afliccion, y en fin quanto se obra

obra por qualquier sentido, ò potencia del cuerpo, ò del alma, todo se haga, por solo el fin de cumplir en ella la voluntad de Dios, y porque èl assi lo quiere, sin que en ello nos mueva otra cosa alguna, pues como solo esta diligencia, y cuidado tenga el alma; las obras que de suyo son naturales, las convierte en sobrenaturales: y las que parecen viles, y de poco momento, si se hacen por solo este fin, exceden en infinitos grados à las demàs, por excelentes que sean, si les falta el fin sobredicho; de tal manera, que obras, no solo pequeñas, pero aun las que son indi-

ferentes, y conformes à la naturaleza, como son, comer, dormir, recrearse, andar, ò estàr sentado, hechas por solo este fin de la voluntad de Dios, hacen grandisimas ventajas en perfeccion, y meritos, à obras de suyo grandes, y excelentes, si se hacen por otro fin, por alto que sea; porque aunque una disciplina, ayunos, comunion, &c. sea mas excelente, y perfecta en la entidad, y sèr material, que una obra vil, y baxa; pero hecha esta por la voluntad de Dios, las excede en lo moral elevado, y viene à ser tanto mas excelente, y meritoria, quanto el fin excede, y aventaja al otro, en que no hay comparacion. Pues-

Puesta pues esta regla general, como principal fundamento de este exercicio, conviene aora declarar, còmo conocerà el alma la voluntad de Dios en las obras; de suerte, que en las que hace, ò dexa de hacer, quede segura, ò con certidumbre, por lo menos moral, de que fue movida solo por este alto fin de la voluntad de Dios: para lo qual se ha de advertir, que todas nuestras acciones, aora sean corporales, aora sean espirituales, se reducen à tres generos: porque, ò son prohibidas por la ley natural, divina, ò humana, no solo general, sino particular del

estado de cada uno, como por constitucion, regla, estatuto, ò costumbre del Religioso, seglar, casado, ò soltero, ò son cosas mandadas por alguna de las vias dichas indiferentes, esto es, ni prohibidas, ni mandadas por ley general, y particular.

Si la cosa que se ofrece es de las prohibidas, bien claramente se conoce no ser voluntad de Dios que se haga, y assi conviene no ponerla en execucion, y esto no por temor de incurrir en la pena de la ley, ni porque ella assi lo manda, y ordena, sino solamente por ser voluntad de Dios, depuesto otro qualesquier fin por alto que paresca.

Si fuere de las mandadas, tambien està con evidencia conocida la voluntad de Dios en la execucion, y assi conviene hacerla, si bien con la misma advertencia dicha, que no mueva otro fin, sino el gusto de Dios, y el cumplimiento de su divino beneplacito.

Pero si la cosa fuere, ni mandada, ni prohibida, sino indiferente, se advierta, que puede ser cosa deleitable, y conforme à la naturaleza, como es, el entretenerse en musicas, el oìr, y vèr cosas nuevas, y curiosas, y otras semejantes. O puede ser penosa, ò contraria à la naturaleza, como es el ayuno no obliga-

torio, la disciplina voluntaria, y guardar silencio, y huir las murmuraciones, &c. O es cosa, ni deleitable, ni penosa, y en que el alma se halla con indiferencia, sin que sienta en sì mas inclinacion à hacerla, que à dexarla, como es, andar, ò estàr sentado, ir por esta, ò aquella parte, y assi de las demàs. Sea pues regla general, que si fuere de deleite, y gustosa, que se dexe, y renuncie; y si penosa, se abraze, y execute siempre, pero por el fin dicho. Y que esta sea la voluntad de Dios, nos lo enseña San Pablo (ad Colosenses 3.) diciendo: *Mortificate membra*

ves-

vestra, quæ sunt super terram. (Cap. 8. ad Romanos.) *Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis.* Y mas claramente la verdad infalible, Christo Señor nuestro por San Matheo : *Qui vult venire post me, abneget semetipsum , &c.* Dandonos por regla cierta, para que merescamos ser discipulos suyos, la propria negacion, en la qual continuamente nos hemos de exercitar: sino es que la verdadera discrecion espiritual pida otras cosas, ò por razon de la salud, ò de la persona , tiempo, ò lugar. Y si las circunstancias, è inspiraciones fueren de una , ò de otra tan dudosas , que verdaderamente se igno-

ignora qual haya de elegir, entonces con presteza, y sin andar vacilando (en que de ordinario se pierde mucho tiempo)abraze, y elija qualquiera; si bien con advertencia, de que el hacerlo,ò dexarlo de hacer, sea puramente por entender ser assi la voluntad de Dios.

Pero dirà alguno: Si la obra que se ofrece es de las indiferentes, respecto de la ley, esto es, ni mandada, ni prohibida, se podrà abrazar, aunque sea deleitable, dirigiendola al fin de la voluntad de Dios? Respondo, que si advertidamente se hace, no es posible hacerlo puramente por la voluntad

tad de Dios, porque siempre lo es, que nos mortifiquemos en todo lo con forme à la naturaleza, haciendo lo contrario de lo que ella apetece, sino es que la prudencia, y discrecion verdadera pida otra cosa, como queda dicho. A cerca de las cosas mandadas, y prohibidas, se ha de advertir, que muchas veces suelen ser de gusto, y deleite para los sentidos, como son beber, comer, pasearse, recrearse, vèr cosas curiosas, y otras semejantes, que tal vez se nos manda: y en las prohibidas, como son quando nos prohiben ayunar, ò trabajar, disciplinarnos, traer silencio, &c. Lo qual no pocas

por

por particulares fines suelen prohibir los Prelados: y entonces es menester grande advertencia en esforzar la intencion dicha, haciendo siempre lo mandado, y dexando lo prohibido, solo por ser esta la voluntad de Dios: de suerte, que no se mezcle alguna mancha de sensualidad, ò afecto desordenado; y para no incurrir en èl, podrà valerse el espiritual, ò de actos contrarios, diciendo: Señor Dios mio, no hago esto, ò dexo esso, por el deleite que trae consigo de hacerlo, ò dexarlo, sino tan solamente porque esso es vuestra voluntad, ò sino (y serà medio mejor, ò mas eficaz)

procurar quanto le sea posible, divertir el animo de aquel gusto sensible, y ponga toda la atencion del alma, y sus potencias en Dios, ofreciendose en sus divinas manos, para que cumpla, y perfeccione en èl esta obra, segun su voluntad santisima, sin atender al deleite que en la parte inferior resulta de aquella obra, que hace, ò dexa de hacer: de suerte, que si mandandole que no traiga silicio, ò que no se azote, sintiere algun movimiento interior de gozo, que es cosa natural, y muy ordinaria, ò si mandandole que se recree, ò que coma, ò beba alguna cosa de suyo gustosa, y con-

conforme al apetito, le resultare algun deleite, que à veces es inevitable, entonces procure divertir el animo de lo sensible, y ponga toda la atencion en Dios puramente, y verà por experiencia quan poco, ò nada percibe del gusto, que en la parte inferior resulta de aquella accion: porque la atencion esforzada, y viva en Dios, debilita la atencion para el deleite, pues es cosa natural, como dice el Filosofo: que *pluribus intentus minor est ad singula sensus.* Y quando mas vivamente està una persona ocupada en un objeto, menos fuerza le queda, y menos virtud, y aptitud, para

atender à un mismo tiempo à otro distinto objeto, y si eso pasa à un en las cosas naturales, segun el ordinario, y natural modo de obrar, quanto mejor se verificarà en nuestro caso, donde el principal objeto, à quien vivamente atiende el alma, es Dios nuestro Señor, en quien halla motivos infinitamente excelentes de verdad, y bondad, en cuya atencion ocupada el alma, se halla como sin fuerzas para atender à otra cosa, por util, y deleitable que se proponga: demàs que el alma se ayuda de su parte en la manera dicha, con que concurre Dios de ordinario con particular auxilio, y espe-

pecial concurso, mediante el qual auxilio ilustra el entendimiento, è inflama la voluntad, elevandola à nuevo modo de obrar sobre natural, actuandola, y como arraigandola solamente en Dios, como en objeto principal à quien se encamina, y endereza su operacion: verdad tan cierta como experimentada de los Santos, que con este cuydado, y diligencia se exercitaban, de que pudieramos traer innumerables exemplos, entre los quales es singular el de aquel Santo Monje, de quien se refiere en el tomo octavo de la Biblioteca: *Apotegmatum Sanctorum Patrum*, que siendo con-

convidado con otros Monjes discipulos suyos, à comer con un Santo Obispo, sirviendoles varios platos regalados de carne, y de diversas aves, y caza; preguntando el Señor Obispo al Santo Abad, y sus Monjes, què como les sabìa un plato de carne, que entre los demàs era de mayor regalo? Le respondieron todos, diciendo: *Nos vsquæ modo credebamus, quia olera manducabamus.* Nosotros (dicen) hasta aora entendiamos, que todo lo que nos dabas à comer eran yerbas: respuesta en que claramente se conoce la verdad de esta doctrina; pues el entender de aquellos Santos Monjes, que

que todo lo que les havia puesto à la mesa, havian sido yerbas, y no carnes, procediò de tener de tal suerte ocupada el alma, y sus potencias en Dios nuestro Señor, que la fuerza de la atencion, y amor, en que estaban actuados, no les daba lugar à reparar en el gusto, y calidad de la comida. Pero si el deleite de los manjares, fuere tal vez tan vehemente, que la diligencia dicha no baste, sino que paresca que arrastra tràs si la porcion superior del alma, en tal caso reciba aquel deleite de la comida, ò de otra qualquiera cosa; porque en este caso resulta naturalmente, no yà como deleite,

sino como Cruz, que Dios para su exercicio le embia, y pues no eſtà en su mano sujetar del todo la parte inferior, mientras està en carne mortal, padesca con resignacion esta violencia, como voluntad de Dios, y diga con el Santo Job: *Factus sum mihi metipsi gravis*, y con el Apoſtol ad Romanos: *Non enim quod volo bonum hoc ago; sed quod odi malum illud facio*; porque esta es la misma pelea entre el espiritu, y la carne, que dixo el Apostol (ad Galat. 5.) *Spiritus concumpiscit adversùs carnem, caro autem adversùs Spiritum*, y de aquì (ad Romanos 7.) se quexaba diciendo: *Video autem aliam*

legem in membris meis repugnantem legi mentis meæ. En la qual quien mejor peleare, alcanzarà mayor corona. Ni se aflija por parecerle tiene el alma parte con el gusto, ò deleite, segun es la fuerza, con que de ella tira: pues la culpa no està en el sentimiento, sino en el consentimiento, del qual podrà certificarse moralmente, que està del todo libre, si sintiere en sì una general resolucion, no solo de no cometer culpa mortal, por el Cielo, ni por la Tierra, sino tambien de hacer en todo la voluntad de Dios, y que por hacerla renunciarà de buena gana quanto es de
su

su parte, todo gusto, deleite, y consuelo, no solo carnal, y sensual, sino espiritual.

Declarase esto (à mi vèr) adequadamente por este exemplo. Vinole à uno un pensamiento de vanagloria, ò una tentacion deshonesta, que qualquiera de estas dos cosas trae consigo, como connaturalmente, el producir en la parte inferior algun gozo, ò deleite: y este à veces es tan vehemente, que ni le basta al espiritual el valerse de consideraciones santas, ni el procurar abstraerse de aquel gozo, ò deleite, poniendo la atencion de el alma vivamente en

Dios, y al fin, aunque mas diligencias hace, no puede hacer que aquel deleite cese; sino que antes permitiendolo Dios para exercicio suyo, parece que arrastra tras sì la parte superior del alma, si bien està tan lexos de consentir en el deleite, que de la tentacion diabolica procede, que para ella antes es penoso, y tanto mas crecido, quanto es mas sensible, porque como sus deseos son solamente de agradar à Dios, y conoce, que el consentir es desagradarle, y ofenderle, antes padeciera mil muertes, que cooperar à la tentacion, que el enemigo le propone, y esto no solo

solo en los varones espirituales, mas en qualquiera buen Christiano, y temeroso de Dios se halla, pues el que lo es, siente amargamente estos gustos, que de las tentaciones proceden, y los tiene por Cruz penosa por el peligro en que se pone de ofender à Dios. Pues esto mismo hace el espiritual, y desseoso de la perfeccion, quando en alguna obra mandada, ò prohibida, le sobresaltare algun deleite, gozo, ò gusto sensible, tengala por Cruz con que Dios le exercita, y prueba: porque si el otro por no condescender con el consentimiento de la tenta-
cion,

cion, que le instaba à pecar, mereciò una gloriosa corona, padeciendo por Cruz penosa, lo que para la naturaleza era gusto, ò delete: lo mismo le sucederà à èl, si en las obras forzosas de tal suerte renunciare el gusto, y deleite que en ellas pudiere tener la parte inferior, que yà que por ordenarlo Dios asi para exercicio suyo, no pueda abstraerse del deleite natural, la padece por Cruz penosa para el alma, abrazando con resignacion el estàr crucificado en ella, por ser esta la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento solo busca en sus obras: lo qual no solo desea

exer-

exercitar el deseoso de la perfeccion en las cosas mandadas, ò prohibidas, que son graves, y cuya transgresion obliga à pecado mortal; sino en qualquiera obra, palabra, ò pensamiento, por pequeño que sea, de donde le resulte algun gozo vano, complacencia, ò deleite.

Pero para que lo dicho se execute con la perfeccion que conviene, se observaràn las advertencias, que se propondràn en el Capitulo siguiente.

*** ***
***

CA-

CAPITULO III.

Proponense algunas advertencias, para la practica de este exercicio.

LO primero, se ha de advertir, que no se ha de contentar el espiritual con obrar por el fin referido, con intencion virtual solamente, ſino que todas sus obras, y cada una de ellas, las obre con tal advertencia, que siempre que las comienze, actualmente las dirija, y levantando el corazon à Dios, vocal, ò mentalmente, diga: Señor, y Dios mio, eſto hago, ò dexo de hacer solo por cumplir vues-

vuestro beneplacito divino, y por ser esta vuestra voluntad santisima, la qual quisiera yo cumplir con tal perfeccion, que excediera à los mas encumbrados Seraphines, y quisiera (à serme posible) daros con esta accion tanta gloria, quanta vuestra divina Magestad merece. El qual acto (que es el mas perfecto, que pensar se puede) le reiterarà siempre que se vea divertido, y advierta en ello, no solo al principio de la obra, sino en qualquier espacio de tiempo, que en ella durare, sintiendose divertido; pero si estuviere el corazon tan atento en Dios, y tan reco-

recogida el alma en èl, que solo atienda al cumplimiento de su divina voluntad, no es necesario entonces multiplicar actos, pues esto mas serìa exteriorizarse, y distraerse el corazon con la multiplicidad de ellos, que recogerse: principalmente si la obra de suyo no es ocasionada à distraccion, sino antes proporcionada para conservar el recogimiento, en que se halla el alma, como es el Oficio Divino, y otras semejantes, en las quales sintiendose en el recogimiento dicho, aunque acabada, comienze otra, no tiene que hacer muchos actos, sino perseverando en el recogi-

mien-

miento interior, y atencion dicha, concluirà la obra, ò comienze la que se ofrece.

Lo segundo se advierta, que de tal suerte se ha de poner este fin por blanco de sus acciones, que èl solo, y unico ha de ser la regla, y medida, por quien las rija, no admitiendo mezcla de otro algun fin, por excelente, y bueno que parezca, pues aunque puede haver muchos que lo sean, pero comparados con este, siempre son inferiores, y qualquiera que admita, viene à ser menos perfecto, y asi este solo ha de ser unico, y preferido à todos los demàs.

Lo

Lo tercero, con que ha de acompañar este fin, es alegria espiritual, sin dar lugar à tristeza alguna, la qual puede nacer de muchas causas, yà por razon de la cosa, como si lo que se manda fuera dificil, molesto, trabajoso, vil, y despreciado: yà por razon de quien lo manda, como si fuese un Prelado necio, ò ignorante, vil, ò de baxas prendas, ò con quien tuviese natural oposicion, ò que le huviese hecho alguna injuria, ò causado algun enojo: yà por razon del tiempo, como lo que se ordena, y manda al tiempo que èl tenia destinado para reposar,

comer, recrearse, &c. ò yà por razon del lugar, como si fuera asqueroso, incommodo, frio, ò publico, &c. Las quales causas, y cada una de ellas, ocasionan contradiccion, y repugnancia, y tristeza, que suele ser de no pequeño estorvo, si no se vence con presteza, con consideracion, que aquella es la voluntad de Dios. La qual conocida, debe el alma anteponer à todo lo criado, gozandose en el cumplimiento de ella, sin admitir tristeza por ninguna de las causas dichas. Tambien suele ocasionarse la dicha tristeza de causa mas dificultosa de conocerse; porque se deri-

deriba, y origina de raiz mas secreta, que con color de piedad, deslumbra, y ciega muchas veces: como es quando nos mandan no ayunar, ni orar, ni disciplinarnos, y otras cosas semejantes, en que el alma habituada siente particular consuelo, de el qual privada por su Prelado, se entristeze, no admitiendolo como debiera; sin considerar, que mas agrada à Dios la obediencia, que el sacrificio; y que las obras dichas, aunque en sì sean excelentes; pero hechas contra la voluntad de Dios, manifestada por la de su Prelado, son obras de propia voluntad, y principal-

mente

mente, quando lo que le mandan, no se opone à la ley de Dios, ni à su regla.

Ultimamente suele proceder esta repugnancia, de que yà que se conoce ser voluntad de Dios lo que se manda, pero siente el alma el tiempo, que ha de gastar en la obra, por parecerle, que con ella se ha de divertir demasiado, y asi para escusarlo procura con titulo paliado de mas perfeccion, fixar de tal manera la aficion en Dios, que olvidado casi de la obra que tiene entre manos, viene à hacerla imperfectamente, y mal hecha: el qual hierro es muy digno de ser nota-

do, y advertido, porque abſtrayendo de la obra el animo, y atencion por fixarla, y ponerla con ſobrada viveza, y afecto en Dios, viene à ser diſtincion de la obra, y de la voluntad divina, y à diſtinguir una de otras, siendo falsedad, que por entonces no se distinguen, pues la obra, y la voluntad de Dios son una misma cosa. De donde le sucede, que quanto mas cuidadosamente busca à Dios fuera de la obra, y apartando de ella toda la mayor parte de la atencion, mucho menos le halla, porque le busca fuera de su divina voluntad, que es la obra misma, que tiene entre

ma-

manos, y el perfeccionarla quanto es de su parte, porque Dios solamente se halla en el cumplimiento de su santisima voluntad: esto es, haciendo con perfeccion lo que èl, ò quien està en su lugar nos ordena, y manda. Y asi para acertar, debe el espiritual obrar la obra, y la voluntad de Dios como una misma cosa, sin distinguir una de otra. Aunque no querèmos decir en esto, que el sèr de la obra, y la entidad material de ella sea una misma cosa, è indistinta con la voluntad de Dios, que esto yà se conoce ser falso, sino lo que se quiere decir es, que el cumpli-

plimiento de la obra, y el exercitarlo con perfeccion, es el cumplimiento de la voluntad de Dios. Lo qual si atentamente considera el espiritual, no solo no serà causa de distraccion, sino antes de continuo recogimiento en Dios, al qual mira en la obra, siempre que en ella, y en su perfecto cumplimiento reconoce el de la divina voluntad.

Lo quarto se advierte, que se haga con presteza, y sin poner dudas escusadas, en si es, ò no es voluntad de Dios, pues advirtiendo lo que arriba queda dicho, podrà con facilidad conocerse. Solo añado, porque esta duda de ordina-

dinario nace de ser las cosas muchas veces de poco, ò ningun momento, en las quales hay muchos, que no ponen cuidado alguno en actualizarlas, haciendolas actualmente por el fin dicho, por parecerles no hace Dios caso de semejantes obras. Adviertan, pues, los tales, que es conocido engaño, lo uno porque Dios no mide el valor de las obras por lo exterior de ellas, sino por lo interior, è intrinseco de la intencion, y fin con que se hace, pues como dice San Bernardo: *Deus non recipit quantum sed ex quanto*, no hace Dios tanto caso de la obras, como del

del afecto de corazon, y asi fuè de mayor valor para con Dios nuestro Señor, la moneda de la Viuda del Evangelio, que los ricos dones de los Escribas, y Fariseos: Lo otro, porque como el Apostol nos enseña (ad Colosences 3.) *Omne quodcumque facitis, in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini nostri Iesu-Christi facite.* Todas nuestras palabras, pensamientos, obras, acciones, y operaciones, grandes, y pequeñas, hemos de sacrificarlas à Dios.

De manera, que entonces alabamos à Dios, quando en todas las cosas, por minimas que sean, de las forzosas, y necesarias, bus-

camos la voluntad de Dios, como si comemos, bebemos, y dormimos, no llevados del apetito natural, sino solamente movidos de Dios, y del cumplimiento de su divino beneplacito, con que las obras, que de suyo no tienen valor alguno, se hacen meritorias, y dignas de que en la otra vida las corresponda corona de gloria: como por el contrario si se hicieran por el gusto natural, que en ellas se siente, las correspondiera en la otra vida pena: como se vè lo que refiere Dionysio (*de novissimis art.* 47.) De donde claramente se colige quan errado sea el

obrar accion alguna, ò admitir pensamiento por minimo, que sea, sin darle fin sobrenatural: y entre todos, como mas perfecto, el del cumplimiento de la voluntad Divina: con que no solo se librarà de las penas referidas, sino tambien en lugar de ellas asegurarà corona de gloria.

Lo quinto se advierte, que procure el espiritual todo el tiempo, que la obra durare, perseverar en esta divina voluntad, atento à ella, sin distraerse à pensamietos, è imaginaciones escusadas; sino antes estando, si ser pudiera, continuamente

en presencia de Dios. Para lo qual, dexando aora muchos medios, de que podrà valerse, como son varias consideraciones devotas, referirè aqui dos, ò tres mas eficazes, y proporcionados para este exercicio. El primero sea, el inflamar el corazon con tiernos, y amorosos actos, con los quales de quando en quando hable con Dios nuestro Señor, como con su Padre, dueño, y amigo, cuya voluntad gozoso està cumpliendo, reconociendose por indigno de que este Divino Señor le emplee en el cumplimiento de su divino beneplacito.

El segundo, atender con viva, y perspicaz atencion, à la dichosa union de voluntades, que mediante aquella obra, resulta entre ella, y este Soberano Señor, en cuyo amor debe derretirse, admirada de que la haya levantado à tan alto estado, como es la union de voluntades.

El tercero, que despues de dirigida la intencion, y atencion, en la forma dicha, se desnude, y despoje de tal suerte de todo lo que no es Dios, que la obra no la mire yà, ni atienda à ella, segun el sèr que en sì tiene, sino que es voluntad de Dios, porque aunque quiere Dios, que mi-

mire la obra, y atienda à ella, para hacerla con perfeccion; pero no en quanto al sèr de la obra, sino en quanto es voluntad de Dios puramente. Y asi mismo debe despojarse de su voluntad propia, y no la mirando yà como suya en el cumplimiento de la obra, sino como voluntad de Dios. Ni ha de entender, que es èl quien la executa, sino el mismo Dios en èl, haciendo cuenta, que èl solamente es un instrumento (aunque libre) que Dios toma para la execucion de su Divina voluntad, y aun el ser instrumento, no ha de entender lo tiene de

sì, sino de Dios. Y asi no hallando ni en la obra, ni en sì otra cosa, que Dios, y su voluntad santisima, fixos, y atentos en ella los ojos del alma, la abraza con sumo gozo, paz, tranquilidad, y recogimiento, y destierra de sì facilmente toda distraccion, y estorvo.

Ultimamente se advierta, que el espiritual no ande escrupuloso, quando faltàre à este exercicio, en todo, ò parte de èl; pues aunque ha de hacer firme proposito de no faltar jamàs advertidamente, ni obrar por otro fin fuera de el dicho; pero esto no ha de ser obligandose à ello, co-

mo si el faltar fuera pecado; porque esto mas serìa lazo para caer, que medio para aprovechar: Pero no se ha de descuidar, ni ser flojo en cumplirle, como no obligatorio, sino que antes, como si lo fuera, ha de tener gran cuidado de reparar en el examen de conciencia de cada dia, si faltò à la pureza de este fin en alguna de las obras, que hizo, ò fuese mandada, prohibida, ò indiferente, y en qualquiera, que conozca haber faltado, se dè por ello alguna penitencia, que le sirva de memoria, y escarmiento, procurando cada dia perfeccionar mas este exerci-

cio, pues que de èl pende toda la perfeccion; porque no es posible, que quien le exercitàre, dexe de adelantarse en breve tiempo en toda virtud, principalmente en la mortificacion de las pasiones, y negacion de la propia voluntad, y resignacion, y conformidad con la Divina, en que principalmente consiste todo el aprovechamiento espiritual del alma.



DEL

DEL EXERCICIO DE LA VOLUNTAD DE DIOS.

SEGUNDO GRADO.

CAPITULO IV.

EXercitàda el alma, como queda dicho, por algun tiempo con diligencia, ò cuidaco, le darà Dios otro mas alto grado, en que exercite su Divina voluntad mas interior, y especialmente conociendola, no yà por medios extrinsecos, y externos (como son lo mandado, y prohibido, ò indiferente, esta-

tatutos, ò costumbres propios del estado de cada uno) sino por medio de una luz interior, è ilustracion Divina, con la qual alumbrada el alma, claramente conoce, que sea la voluntad de Dios en todas las cosas, y quales deba hacer, y quales dexar, còmo, y en què tiempo, y esto sin multiplicidad de discursos, de los quales usaban, y eran necesarios en el grado, y estado precedente: propio de los que aun caminan por via de meditacion, y oracion discursiva, sino con una vista, y suave elevacion de la alma en Dios.

Para cuya declaracion se advier-

vierte, què, como yà queda dicho, la perfecta pureza de intencion, con que el alma es movida à obrar, por solo el cumplimiento de la voluntad de Dios, pospuesto otro qualquier fin por alto, y encumbrado que sea, trae consigo una general muerte, y aniquilacion de todas las pasiones, afectos desordenados, y deseos contrarios à la pureza de el fin sobredicho, y à esta muerte se sigue una suma paz, tranquilidad, y sosiego interior, con el qual el alma es llevada à Dios, y esto sin multiplicidad de discursos, sino solo con una simple, y sensilla vista interior; y la causa

de

de esto es, porque asi como los estorvos entre Dios, y el alma, son los apetitos, afectos, y deseos desordenados, asi cesando los afectos por medio de la pureza de la intencion dicha, que destruye, y aniquila, es levantada el alma con suma suavidad à Dios, cuya atraccion Divina interiormente siente que la llama, y secretamente tira; porque asi como *quidquid movetur à suo fine movetur*, segun el Filosofo, qualquiera cosa, que se mueve es movida por algun fin; asi no puede el alma obrar puramente por Dios, sin que en alguna manera sienta, y perciba en sì el fin que

la mueve, y como està en este estado, es solo Dios, y el cumplimiento de su divina voluntad su fin, y viene el alma à sentirle en sì por medio de una luz interior, è ilustracion divina, que secreta, è interiormente la alumbra, y manifiesta, còmo se haya de haber en todas sus acciones, asi materiales, y exteriores; como espirituales, è interiores.

El medio, pues, de practicar este exercicio; es el siguiente: En toda la obra, pasion, ò afficion, ò apetito, ò tentacion, que se ofrezca, y proponga al espiritual, que està yà en el estado di-

cho, debe al punto con sumo sosiego, suavidad, y blandura, sin impetu, ni fuerza, levantar el corazon à Dios, con una simple vista, sin multiplicidad de discursos, fixar toda la atencion del alma en Dios; lo qual apenas habrà hecho, quando interiormente se le manifestarà la voluntad divina, muy mas clara, y distintamente, que quando usaba de los medios discursivos del grado precedente, imprimiendole en el corazon una noticia tan cierta del divino beneplacito, y de lo que debe hacer, ò dexar de hacer, que no puede poner en ello duda alguna, segun

gun es la luz de advertencia, con que Dios interiormente la alumbra: y esto con tal eficacia, que apenas de lexos se empieza à representar la ocasion de pecar, quando està yà Dios advirtiendo con particular luz al alma lo que ha de hacer, y apenas irà à hablar una palabra de risa, ò de tristeza, ò chanza, ò à comer el bocado sabroso sin necesidad, quando interiormente sentirà que le dice Dios, no ser su voluntad que hable aquella palabra, ò coma aquel bocado, sino que se mortifique, y lo dexe; y lo mismo es en todas las demàs cosas, y obras de qualquiera calidad,

que sean, palabras, ò pensamientos, sin que para esto necesite de recurrir à los documentos de el grado precedente, sino solo con fixar amorosa, y blandamente toda la atencion del alma en Dios, diciendo con el Profeta: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus meus*, escucharè lo que el Señor me dice interiormente, y con el Apostol: *Domine, quid vis ut faciam*? Señor, què querèis que haga? A el qual, sin otra diligencia, siente luego à el punto dentro de sì, que como Maestro Divino la enseña qual sea su Divina voluntad, no con palabras sensibles, sino con unas

advertencias mas fuertes, è inspiradas, y eficaces, à las quales sino obedece el alma, y las abraza con amorosa estimacion, y agradecido recogimiento, sino que las dexa, y no corresponde à ellas; yà por parecerle unas veces cosas muy arduas, y dificultosas, ò penosas, otras, ò porque las tiene por muy menudas, ò porque ni en unas, ni en otras quiera mortificarse, siendo de aquellas de quien dixo el Real Prfoeta: *Noluit intelligere, vt bene ageret*, que no se quiere dar por entendido, sino que se hace sordo à la secreta enseñanza, con que Dios le mani-

que sean, palabras, ò pensamientos, sin que para esto necesite de recurrir à los documentos de el grado precedente, sino solo con fixar amorosa, y blandamente toda la atencion del alma en Dios, diciendo con el Profeta: *Audiam quid loquatur in me Dominus Deus meus*, escucharè lo que el Señor me dice interiormente, y con el Apostol: *Domine, quid vis ut faciam*? Señor, què querèis que haga? A el qual, sin otra diligencia, siente luego à el punto dentro de sì, que como Maestro Divino la enseña qual sea su Divina voluntad, no con palabras sensibles, sino con unas ad-

advertencias mas fuertes, è inspiradas, y eficaces, à las quales sino obedece el alma, y las abraza con amorosa estimacion, y agradecido recogimiento, sino que las dexa, y no corresponde à ellas; yà por parecerle unas veces cosas muy arduas, y dificultosas, ò penosas, otras, ò porque las tiene por muy menudas, ò porque ni en unas, ni en otras quiera mortificarse, siendo de aquellas de quien dixo el Real Prfoeta: *Noluit intelligere, vt bene ageret,* que no se quiere dar por entendido, sino que se hace sordo à la secreta enseñanza, con que Dios le mani-

nifiesta su voluntad santisima; le castigarà este Divino Maestro, con privarle de esta luz de advertencia (que asi llaman los Santos, y Maestros mysticos) dexandole sujeto à las tinieblas de sus ignorancias, y de sus apetitos, y pasiones; como por su mal lo han experimentado muchos. Debe, pues, el alma no ser perezosa en obedecer à la divina inspiracion, y operacion secreta, con que Dios la alumbra, sino encerrarse à solas en lo intimo de el corazon con este Divino Señor, cercenando, para mejor conseguirlo, de ocupaciones no necesarias, así exteriores

de superfluidad, como interiores de pensamientos, è imaginaciones, y de multiplicidad de discursos, que puedan impedir la quietud del espiritu, y ser estorvo, para que el alma no oyga la secreta voz de su dulce Esposo, y no sienta los toques suaves, con que interiormente la alumbra, y manifiesta su voluntad; la qual si prontamente la abraza, y obedece, poniendola en lugar de la suya propia, de tal suerte es recreada, y con tal gusto, y dulzuras favorecida, que no hay otro gozo, ni deleyte para ella, sino es solo esta divina voluntad, à la qual tanto mas fuerte-

temente, y con mayor impetu se une, y en ella se transforma, quanto mas claramente conoce ser mejor vivir en ella, que en la suya propia, pues con esto se halla, no solo libre, y señora de todos sus apetitos, y pasiones, sino favorecido de su dulce Esposo Divino, que amorosa, y familiarmente se la comunica, y manifiesta.

Aqui comienza yà el alma à tener mayor noticia, que nunca tuvo, de la immensidad, y grandeza de Dios; porque unida interiormente à su voluntad divina (que como yà queda dicho es el mismo Dios, pues no

hay

hay en èl cosa distinta) claramente conoce, que no hay cosa alguna fuera de Dios, y que todas las demàs cosas de sì son nada, y que el ser que tienen es prestado, y participado de el Divino: y conocida esta verdad con la experimental noticia, que Dios aqui la comunica, se sume, y empapa el alma en ella, no yà por particular discurso de entendimiento, sino por una simple vista, y adhesion amorosa à Dios: de tal manera, que ninguna otra cosa vè, conoce, ò siente, sino es el Divino, è infinito sèr, cuya espaciosa immensidad la admira, asombra,

y dexa atonita, como fuera de sì: y aumentase esta admiracion de otro extremo contrario, que es el conocimiento de su propia nada, que es tanto mayor, quanto es el que tiene el alma de là Divina immensidad; porque à la vista de un contrario campèa, y se ostenta mas el poder del otro; y asi conocida (aunque no claramente) la grandeza immensa del sèr Divino, viene juntamente à conocer su nada, y à decir con el Profeta: *Ad nihilum redactus sum, & nescivi*, reducido me hà à la profundidad de mi nada la noticia, aunque obscura, del sèr Divino, del qual por

ser

ser tan infinito, mientras mas conozco, mas ignoro, y por otra parte viendo la familiaridad con que Dios la trata, y la suavidad, y dulzura con que la manifiesta su voluntad Divina, admirada del exceso de la bondad infinita, no solamente es arrebatada en admiracion amorosa, sino que con la fuerza del amor, sale de sì, y se halla sin fuerzas, y con un dulce, y amoroso desmayo, dice con la Esposa: *Fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo*, del qual la resulta una humildad tan profunda, que prorrumpe en afectos profundisimos de humildad; no

yà exteriores, y de palabras, sino secretisimos, suavisimos, y subtilisimos, diciendo en lo mas intimo del alma con el Apostol S. Pedro: *Domine recede à me, quia homo peccator sum.* Señor, apartaos de mì, porque soy un vil pecador, indigno de tantos beneficios, y favores: Y con Santa Isabèl: *Et unde hoc mihi, ut veniat ad me Deus Dominus meus.* Y de dònde à mì tanto bien, que el Señor de los Cielos, y tierra se me comunique tan familiar, y amorosamente?

A esto se sigue en el alma un sumo gozo, y alegrìa especial, nacida del conocimiento del divino, è infinito sèr de Dios, y

del

del de su propia nada, pues viendo que de sì ninguna cosa puede; y que de suyo es la misma nada, se digna Dios de unirse à sì mismo, por vinculo estrecho de amor, y caridad, le resulta un gozo indecible, exclamando con la Virgen Nuestra Señora, y à imitacion suya: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo: Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* Alegròse mi espiritu en mi Dios, y Señor, porque se ha dignado de favorecer tan amorosamente à su vil Esclava, dexando en el alma este gozo maravillosos efectos, como son morar yà continuamente dentro de sì, abrazan-

dose con Dios, sin apartarse de èl un punto, hacersele yà suave, y dulce la negacion de la propia voluntad, echar fuera todo temor, y pusilanimidad, y la hace señora de sus apetitos, y pasiones, y que desprecie, y olvide todas las terrenas, y carnales consolaciones, y la constituye, y pone en continua paz, y sosiego, y en resignacion perpetua, con que el alma anda elevada en Dios, sin buscar, ni apetecer otra cosa, sino à este Divino Señor, y cumplir su voluntad.

Hace de advertir, que aunque quede dicho, que en este grado se siente, y suavemente gusta la

voluntad de Dios, y su divino beneplacito, no por eso se entienda, que haya de pararse el alma, ni atender à este sentimiento, ni hacer caso de èl, aunque estrive en la voluntad divina, y abnegacion de la suya propia; porque aunque sea bueno gozarse en la renunciacion de la propia voluntad; pero ese mismo gozo, aunque bueno, debe mortificarle, y tenerle solamente del cumplimiento de la divina voluntad: y lo mismo se entienda del gozo, que resulta à el alma, de la resignacion de su voluntad en la divina, y de otro qualquier gozo, pues solo ha de parar el

alma en el beneplacito divino, depuesto todo lo demàs, por alto, y encumbrado que parezca.

Este modo de exercitar la voluntad de Dios por via de introversion del alma en el mismo Dios, es propio de aquellos à quienes su Divina Magestad ha sacado yà del grosero modo de obrar, discursivo, natural, y suyo propio, y puestoles en el grado de recogimiento interior sobrenatural, recogiendo toda el alma en sì misma, ò dentro del mismo Dios, suspendiendo por entonces las potencias, para que con operaciones imaginarias, y discursivas, no impidan la quie-

tud

tud del Espiritu de la parte suprema del alma, que con ojos claros, y atentos, eſtà mirando à Dios con vista pura, simple, y sencilla inteligencia, acompañada con una amorosa advertencia, con que sin ruìdo de las potencias, ni multiplicidad de discursos, recogida el alma interiormente, se entrega toda en las manos de Dios, como mas largamente en otros preceptos espirituales queda yà explicado, asi à cerca de eſte grado de oracion, como à cerca de lo demàs, para que en ella se cumpla la voluntad divina, en la qual consiste el verdadero sosiego, quie-

tud, y vencimiento de todos los pensamientos impertinentes, y molestos que se ofrecen, no solo en la oracion, sino tambien en las tentaciones, que en ella, y fuera de ella vienen à el alma, siendo un general remedio, para salir con victoria en todas las adversidades, y trabajos, de manera, que quanto mas presto, sin hacer caso del pensamiento impertinente, ni hacer reflexion sobre èl, ò sobre la tentacion, ò trabajo que le molesta, se recoje el espiritu en Dios, al qual, mediante la fè, reconoce presente en el centro del alma, donde este divino amor particularmente

te habita, y puesta en èl toda su atencion, se ofrece en sus manos, para que la enseñe à hacer la voluntad divina, tanto mas presto se siente vencedor de sus enemigos; y esto sin trabajo alguno suyo, sino con suma suavidad, y quietud, y con todo sosiego.

CAPITULO V.

Prosiguese la misma materia, y se explica un modo seguro, y facil de vencer las tentaciones.

ESTO, dicen los Santos, y Maestros mysticos, es como quando el niño huye del Co-

co à los brazos de su Padre, y dexa que èl venza à los que le persiguen, pues à este mismo modo. Apenas toca el pensamiento de imperfeccion en el alma, quando ella hurtandole el cuerpo al pensamiento, ò tentacion con un presto levantamiento, ò consurrecion divina, se encastilla en Dios, sin tener necesidad de discursos largos, ni consideraciones, sino solamente con poner los ojos interiores del alma en Dios, valiendose à lo sumo de unas breves aspiraciones amorosas, ò inflamadas, que son propias de los que estàn en este grado, de que vamos

mos hablando, y con sola esta diligencia, de un golpe, de una vez, sin bolverse contra el Demonio, Mundo, y Carne, dà con ellos vencidos en tierra; porque ofreciendo cada uno sus quereres, no responde à ellos el alma, sino antes bolviendole las espaldas, se pone, y encastilla con Dios, con que sale vencedora de sus enemigos, y se libra de las armas de sus pensamientos, y tentaciones, con que ellos la combatìan. Y aunque està conocido, quan excelente modo de resistir à las tentaciones sea el referido: con todo eso, para confirmacion de lo dicho,

cio, pondrè aquì una doctrina del Serafico Doctor San Buenaventura, que facilitarà la practica de este Exercicio, y es la siguiente. Dos medios (dice el Santo) hay de resistir à las tentaciones, uno es por actos de la virtud contraria, como si una tentacion deshonesta se resistiese con actos de castidad, ese modo de resistir es bueno, aunque dificultoso, y expuesto à algunos peligros de salir vencido; porque como el alma no se abstrae de las representaciones, y especies, que el pensamiento, ò tentacion, dexa impresas en la imaginacion, y sentidos interio-

riores, sino que se vale de otras contrarias, mediante los actos de castidad, que hace, para resistir; de aqui es, que aquellas especies imaginarias le ocasionan no pequeña molestia, y mientras duran, se exponen siempre à conocido peligro, como experimentaràn cada dia los que se valen de ese medio, el qual es propio de principiantes. Otro medio es por actos anagoxicos; esto es, por aspiraciones amorosas, à simple levantamiento del alma à Dios. Y este modo es tanto mas perfecto, facil, y seguro, quanto và de limpiar una olla llena de grasa con agua,

sò legìa, por fuerte que sea, que nunca se laba de suerte, que por lo menos pasando los dedos por encima de la olla, no se conozca, que ha tenido grasa; porque como la legìa no penetrò totalmente la olla, siempre quedan muestras, y señales de la grasa, que en un tiempo tuvo: pero si echasen la olla en un horno de fuego, no solo saldrìa limpia, sino purificada, y renovada; porque la fortaleza del fuego tuvo virtud para todo. Pues de la misma manera, el que resiste el pensamiento impertinente, ò la tentacion, con la virtud contraria, por victorioso que salga, siem-

pre

pre por lo mismo le quedan en el alma unas reliquias, è immundicias de las tentaciones, causada de las especies materiales, que se imprimieron en la imaginacion, y sentidos interiores, que obscurecen las potencias, y afean el alma; pero el que à el primero toque de la tentacion hurta el cuerpo à el Demonio, y abstrayendose aun de la tentacion, sin hacer caso de ella, ni advertir, ni hacer reflexion sobre ella, se encastilla en Dios, poniendo en èl con suavidad amorosa la atencion del alma; y como ese Divino Señor es fuego ardiente, no solo purifica el alma librandola

de

de la tentacion, sino que sale renovada en virtud, y con nuevo esfuerzo, para mayores batallas de tentaciones, y trabajos.

Pasa adelante el Santo, diciendo: De dos maneras puede uno acà resistir al enemigo, quando le tira una saeta, ò con un escudo fuerte, que si no le favorece mucho, por lo menos, aunque la saeta le pase, serà menor la herida; y si el escudo fuere tan fuerte, que no le pase la saeta, aunque es verdad, que no quedarà herido el que se valiò del escudo para su defensa, pero por lo menos sentirà el golpe, y aun tal vez el brazo en que te-

tenia el escudo le quedaria ator-
mentado, y dolorido del golpe:
pero si al tiempo que el enemigo
hacia la punterìa, fuese el otro
tan diestro, que al disparar la
saeta diese un ligero salto sobre
una alta torre, este tal, no solo
no se hallaria herido, y sin do-
lor del golpe, sino que dexaria
burlado à su enemigo: y si à esto
se añadiese, que en la torre don-
de saltò ligero, hallase un man-
jar, cuya dulzura, y suavidad le
deleitase, y suspendiese: en tal
caso no solo se hallaria sin golpe,
y sin dolor, sino que ni se acor-
daria de quien le tirò, sino es para
darle gracias por el bien, y dul-
zura,

zura, que le ocasionò. Pues asi el que resiste à la tentacion con actos de la virtud contraria, valiendose de razones, y discursos, es como el que resiste à el enemigo con un escudo, que por fuerte que sea, por bien que libre, siente el golpe, y aun à veces quedarà con algun dolor, que le atormente, è inquiete, causado de las especies, que la tentacion dexò en la imaginacion, y sentidos: pero si resiste dando de improviso el alma un salto, encastillandose en Dios, con una simple sensilla, y amorosa delectacion de la mente, no solo se libra de su enemigo, sino que

ni memoria, ni especies de la tentacion le quedan: y si acaso se acuerda de ella, es para gozarse con el Apostol San Pablo en su mismo trabajo, y tribulacion, diciendo con èl: *Liventer, gloriabor in infirmitatibus meis, ut maneat in me virtus Christi*, por haver sido medio, para que el alma se abrase tierna, y amorosamente con Dios, en quien halla sumo gozo, paz, consuelo, y dulzura.

Esta doctrina es de suma importancia, no solo para quando el espiritu se siente acosado, y perseguido, sino tambien para quando en la oracion se siente cercado de pensamientos impertinen-

tinentes, con que el Demonio le molesta, y procura distraerle, y sacarle de el recogimiento, y hacerle pesado, y desabrido el exercicio santo de la oracion, que como nuestro comun enemigo, vè à el alma entonces tan bien ocupada, que eftà gozando de lo que èl por su soberbia, y altivez perdiò, procura por todos los caminos, que puede estorvarselo, y como por la parte superior del alma, por ser toda espiritual, no puede en cosa alguna; valese de lòs sentidos materiales, en quienes tienen facil entrada, para que con la vecindad, que tienen con el alma,

la inquieten, y perturben cona varias especies, que en ellos se imprimen, y mueven, proponiendo mil pensamientos impertinentes, los quales ninguna cosa podràn para divertir, ni sacar à el alma de su recogimiento, si ella no haciendo caso de ellos, ni advirtiendo à ellos, pone toda su atencion en Dios, cuya voluntad santisima eſtà alli cumpliendo, sin atender à otra cosa.

***

*** ***

***

CA-

CAPITULO VI.

Proponense dos exemplos, que explican mas la doctrina arriba dicha.

COn dos exemplos quedarà la practica de esta verdad clara, y manifiesta. Estàn dos personas de grande importancia solas, llegase un Loco, y por un lado, comienza à decir à uno de ellos mil disparates, bastantes para divertirle, si el que los oye advirtiese à lo que el Loco dice. Pero sabiendo yà, que el hombre està loco, y que los desatinos que refiere, son efectos de

de su locura, no hace caso de ellos, ni advierte à lo que le dice, mas que si no lo dixera; antes mas bien prosigue el negocio, que estaba comunicando con su amigo, sin interrumpir la platica: y aunque es verdad, que siente las palabras, que el Loco le dice, y le causan alguna molestia; pero certificado de su locura, no advierte à ellas, y asi no le privan de la atencion de lo principal, que es el negocio, en que tiene puesto todo su cuidado. Pues de la misma manera se ha de haber el alma con los pensamientos impertinentes, con que el Demonio procura dis-

traerla en la oracion, que no ha de hacer caso alguno de ellos, sino cargue toda su atencion en el negocio, que con Dios està comunicando, y dexe al Demonio para loco, sin responderle à lo que le propone, ni hacer reflexion sobre ello, que como es padre de soberbia, siente tanto ese desprecio, y que no se haga caso de èl, y de lo que propone, que no pudiendo sufrirlo su soberbia, se parte corrido, y dexa à el alma victoriosa, y señora del campo.

El segundo exemplo. Està à la ribera de un rio, y poniendo los ojos en el cristal de las aguas, vè

vè en lo profundo de ellas una preciosa joya, cuya hermosura de tal suerte le enamora, que sin pestañear le està mirando con tan grande admiracion, y atencion, que à ninguna cosa atiende: y estando de esta suerte, vienen por el rio arriba algunas ramas, y otra broza, è immundicia semejante, y como vàn pasando, vàn encubriendo la joya, y con todo eso, el que con profunda atencion le estaba mirando, aunque por entonces no la vè con los ojos materiales, no obstante eso los tiene clavados en el mismo sitio, y la atencion interior de el alma, y todo su

afecto puesto en la joya, por la certidumbre que tiene, que està en lo profundo de las aguas, sin que la ponga en la broza jamàs, è immundicia, que por la superficie pasa, para disminuir la atencion del alma, ni el afecto de la joya. Pues de la misma suerte el alma, que recogida en lo profundo de su interior, està atendiendo à Dios, puesto en èl todo su cuidado, y afecto, como en joya Divina celestial, cuya immensa hermosura, y bondad incomprehensible, la tiene rendida, y cautivo el corazon, quando sobreviene por los sentidos exteriores (que son como superfi-

cies

cies del alma) la broza, è immundicia de pensamientos impertinentes, no haga caso de ellos, sino antes, sin advertir à ellos, ni hacer reflexion sobre ellos, conserve su atencion, y afecto amoroso en Dios, sin apartarse de èl un punto, valiendose de la certidumbre de la fè, que le enseña, y asegura, que esta joya Divina, que como Mercader Evangelico adora, y cuidadosamente busca, la tiene en lo profundo de su corazon, donde habita, y mora; y con sola esta diligencia, no habrà pensamiento, que le estorve, ni prive de su recogimiento.

CA-

CAPITULO VII.

Proponense otras advertencias, para que no embarazen los consuelos sensibles.

OBrando el varon espiritual con este cuidado, y advertencia, le suelen sobrevenir, principalmente en la oracion, algunas consolaciones, gustos, lagrymas, y otros sentimientos espirituales, entre los quales, cegandose el alma, le son de tanto mayor estorvo para caminar à la perfeccion, quanto por tenerlas por buenas, se recata me-

menos de ellas; siendo asi verdad, que muchas veces, ò las mas, proceden del mismo natural, que por ser de suyo blando, y tierno, con qualquiera devocioncilla se mueve facilmente, y prorrumpe en semejantes afectos: y otras veces proceden del Demonio, que para engañar à el alma, se vale de eſtos sentimientos, imprimiendolos con facilidad en los sentidos, haciendo creèr à el alma son cosas sobrenaturales, y divinas, cuyo peligroso engaño nos enseñan las continuas experiencias de casos sucedidos: y dado caso, que sean de Dios, no las dà su Divina

Ma-

Magestad, para que el alma se cebe en ellas, y lo que es espiritual, por no usar bien de ello, lo convierta en sensualidad; porque el fin, que Dios tiene en comunicar semejantes cosas, es solo para por medio de ellas obrar en el alma mayor luz, y mayor afecto; de lo qual les vendrà à los sentidos exteriores particular gozo, y sentimiento, por la vecindad que el alma tiene con ellos; en el qual sentimiento, la causa de cebarse el alma es la siguiente: Que como no eſtà espiritualizada del todo en eſte estado dicho, con facilidad (sino tiene cuidado grande) se dexa lle-

llevar de lo sensible de la consolacion, poniendo en ella la atencion, y procurando con su propio natural acto aumentarla, en lo qual se exterioriza, y aparta de aquel acto puro, y directo, en que estaba, haciendo reflexion solo en lo sensible de la consolacion, haciendo de ella mucha estima, que no es otra cosa, que convertir el objeto santo en nuestro deleyte, que es gran vicio, aunque oculto, de el qual siempre nacen complacencias vanas, soberbias, y otros mil males. Debe el espiritual usar en los consuelos espirituales de la doctrina arriba dicha, y poner to-

toda la atencion, y afecto del alma en Dios, sin advertir, ni hacer caso de otra cosa, por alta, y encumbrada que sea, pues quando sean los consuelos espirituales, y de Dios (en que siempre hay mucha duda) al fin no son Dios, aunque sean efectos suyos; y atendiendo el alma à ellos, viene à dexar la causa por el efecto, lo mas por lo menos, y el todo por la parte de una golosina espiritual, que por lo menos es no pequeño estorvo, para adelantarse en virtud, y es señal, que no busca el alma puramente à Dios, ni al cumplimiento de su santa voluntad, sino que junta-

ramente se busca à sì misma, y finalmente arguye poco amor.

Conocese esto mejor por este exemplo. Està uno sirviendo à la mesa de un Principe, atento à lo que su Señor le manda, y con deseo de conocer, si pudiera, los mas remotos pensamientos, para ponerlos en execucion, por darle gusto. Estando, pues, en este estado, levanta el Principe un plato de regalo, y daselе: Si el criado movido entonces de la golosina se comiese el regalo, bien se vè, que esto fuera muestra, de que no tenìa toda la atencion, y afecto del corazon en su Señor, sino tambien en el manjar gus-

gustoso del plato recibido; y tanto menos le tendrà en su Señor; quanto mas se cebàre en el manjar. Pero si el criado tomase el plato, y lo arrimase à un lado, sin reparar en la suavidad del manjar, y se quedase atento à el servicio de su Señor, y à el cumplimiento de su voluntad, y gusto, sin reparar en el suyo propio, fuerza fuera decir, que este tal amaba con veras del alma à su Señor. Pues asi el espiritual, si recibiendo de la mano Divina un plato de consuelo, y dulzura, se dexa llevar de la golosina espiritual, y atiende, y repara à la dulzura del manjar,

que

que Dios le dà, bien claro manifiesta, que no busca à Dios puramente,sino que en Dios se busca à sì mismo; pero sì sin atender en el dòn, toda su atencion, y afecto pone en Dios, sin mezcla de otra cosa, este tal bien dà à entender, que su amor es verdadero, y que busca à solo Dios, y el cumplimiento de su voluntad, que es en lo que solamente ha de reparar el perfecto espiritual, como consta claro, pues es el ultimo fin, y que como infinito, excede à todos los demàs, por altos, y perfectos, que sean, como dice San Bernardo: *Minus te amat, quid tecum aliquid amat.*

De donde el alma, à quien Dios ha puesto yà en oracion de recogimiento sobrenatural, ò en otro qualquier grado de contemplacion, no necesita yà de valerse para obrar en perfeccion este Divino exercicio de la voluntad de Dios, de los documentos, que en el grado primero (propio de principiantes) se pusieron asi, porque allì el alma està, como principiante, muy material, y dà lugar à muchas formas imaginarias, con que facilmente en lo mismo que està ocupada se halla divertida, y sin memoria de Dios, ni atencion al cumplimiento de su Divina

vo-

voluntad, y para ponerse actualmente en ella, necesita de bolver, y multiplicar discursos, proponiendo de nuevo el alma à la voluntad Divina, como objeto de su operacion, para que la voluntad la abraze, y el alma buelva à actuarse en su exercicio como antes. De todo lo qual no necesitan los que yà han pasado à la comtemplacion, por estàr el alma mas espiritualizada, y haber yà salido del grosero modo de obrar de los sentidos, y casi del todo de la oracion discursirva, y asi con sola una introversion del alma à Dios, fixando en èl con suavidad amorosa los

ojos interiores, subitamente es alumbrada, è interiormente enseñada de Dios, con la luz de advertencia, que arriba referimos, y esto con tal eficacia, y en toda obra, ò sea material, ò espiritual, exterior, ò interior, mandada, ò prohibida, ò indiferente, se siente el alma movida à obrar; no yà porque lo mandan, ò prohiben, ni que en sì sea conforme al interès, ò la razon; ni porque ella intente premio de las criaturas, ò de Dios; sino puramente, porque ese Divino Señor imprime en ella una luz Divina, que claramente le certifica, que es voluntad suya, que
haga,

haga, ò que dexe de hazer tal, ò tal cosa: porque su Divina Magestad asi lo quiere, con que depuestos todos los demàs fines, por altos que sean, la voluntad criada, potencia nobilisima del alma, solo esto abraza, y solo de esto es movida en sus operaciones, y eso con suma suavidad, sin tropel de discursos, ni representaciones imaginarias, que yà en este estado mas dañan, que aprovechan, y asi no usa de ellas el alma, porque la ha puesto Dios en mas alto estado, donde no necesita de tan materiales medios.

DEL EXERCICIO DE LA Voluntad de Dios.

TERCERO GRADO, Y MAS ALTO.

CAPITULO VIII.

AL paso que el alma inflamada del amor Divino, y con cuidadosa vigilancia se desvela en servir à su Esposo, à ese mismo, este Divino Esposo, y Señor, le enriquece con nuevos dones, y favores, ilustrando su entendimiento con nuevas luzes, y abrazando su voluntad con mas copiosas llamas de caridad, la le-

levanta à mas altos grados de perfeccion, en que obrando este exercicio con superiores ventajas, sus operaciones mas parecen Divinas, que humanas, mas de Angel, que de puro hombre: porque aunque en el presente estado el modo de obrar del alma es sobrenatural; pero con todo eso, como el alma no està de todo punto purificada, y espiritualizada, asi en las obras exteriores, como interiores: porque en unas, y en otras es movida el alma de Dios, por medio de la luz de advertencia dicha, nó es la atencion interior tan simple, y pura, que no adimita

mita muchas veces en el exercicio de las cosas exteriores muchas representaciones imaginarias, y materiales, ò yà de la misma obra exterior, ò yà de otras semejantes, y varios discursos de entendimiento, y asimismo en el exercicio interior de la oracion, y contemplacion, algunas formas, è imagenes, aunque sutiles, y espirituales, y à veces llevada de el afecto, multiplica actos de entendimiento, principalmente muchas aspiraciones jaculatorias. Todo lo qual cesa en este estado ultimo, y unitivo, en el qual no usa el alma de estos medios para ir à

Dios,

Dios, y unirse con èl; antes totalmente ha de estàr el alma agena, y desnuda de ellos: no porque muchos de ellos no sean buenos, y necesarios, sino porque aunque lo son para los grados pasados, pero no para este, en el qual como està mas purificada, y espiritualizada, asi el modo de obrar de ella, es mas puro, y mas simple, y espiritual; porque mas obra Dios en ella, que ella misma, haviendose el alma mas pasiva, que activamente.

Para cuya declaracion, supongo por cosa cierta, que como la fè nos enseña, todas las cosas

de esta vida comparadas con Dios son nada, y de suyo ningun sèr tienen, sino participado del Divino, de tal suerte, que si un instante se apartase Dios de ellas, al punto dexaran de ser, y se convertirian en nada: porque el sèr que tiene, es de Dios, y no suyo, estando en ellas por esencia, presencia, y potencia, mas intrinsecamente que ellas mismas; de manera, que el sèr que hallamos en todas las criaturas, no es otra cosa, que una dependencia de Dios, y de sì mismas vienen à ser nada.

Presupuesta, pues, esta verdad Catholica, se ha de advertir,

tir, que todos los Fieles tienen conocimiento de esta verdad, aunque obscuro (porque de las cosas de Fè solos los Bienaventurados le tienen evidente) pero no en todos los Viadores de una manera; sino que al paso del grado de perfeccion, en que el alma se halla, à eso mismo se sigue, mas, ò menos conocimiento de las verdades, que la Fè enseña, y aunque este conocimiento nunca llega à ser en esta vida del todo claro, y evidente; pero en el estado Unitivo, de que vamos hablando, es tan copiosa la luz, que Dios comunica à el alma de los Divinos

mysterios, y de las verdades de la Fè, que casi llega el alma à tener evidencia de ellos, y asi no necesita para certificarse de la Fè havitual, comun à todos los Fieles: porque la luz que la alumbra, es tan grande, que quando la Fè no la informara de estas verdades, ella sola bastàra, no solo para tenerlas por ciertas, sino por claras, y evidentes, y asi en todas sus obras exteriores, è interiores, materiales, y espirituales, no solamente es movida de Dios, como en el grado precedente, con luz de advertencia sobrenatural, sino con otra luz extraordinaria mas sobrenatural,

y

y Divina, que no solamente purifica la intencion del alma, para cumplir la voluntad Divina, si no que juntamente persevera firme en una simple recordacion amorosa de Dios, sin que para impedirsela sea parte lo material de la obra, ni otra representacion, forma, ò imagen, que se ofrezca: porque como eſtà certificada, y tiene casi evidencia, de que ninguna de estas cosas tiene sèr propio suyo, sino participado de Dios, que intrinsecamente eſtà en ellas, todo lo material que se ofrece à los sentidos exteriores, è interiores por medio de una luz Divina, se aniquila,

quila, y esto no usando de discursos, como en el grado precedente; ni de algunos actos, ò aspiraciones amorosas, mediante los quales despida el alma, y abstrayga todo lo material, è imaginario, y fantastico, que le ocasiona muchos divertimientos, que se padecen en aquel estado, asi en el exercicio de obras exteriores, como espirituales, è interiores, de oracion, y contemplacion; sino solo con estarse el alma en aquella advertencia amorosa de Dios, aniquilando todo lo imaginario, y discursivo: porque como en ello no se conoce sèr alguno propio

pio

pio de parte de las cosas, ninguna hay que pueda tirarla, ò serle estorvo, para que pueda dexar permanecer continuamente en Dios; y si acaso alguna vez, por la fragilidad humana, se divirtiese de la atencion actual, al paso que lo advierte, subitamente se actùa, y abraza con Dios, con sola una simplisima recordacion de este Divino Señor, y esto no solo como diximos en el grado precedente, sino con modo mas perfecto, y Divino: porque allì quando el alma, hallandose divertida, se buelve à atender à Dios, pasa de una cosa à otra; esto es, de la co-

cosa en que estaba divertida à Dios; pero en este estado no es asi, porque el alma por la Fè habitual, y luz extraordinaria, tiene yà aniquilado el sèr de todas las cosas, y el suyo mismo, y de sus propios actos, y solo reconoce un sèr Divino de solo Dios; y asi quando se halla divertida, y olvidada de Dios, para bolver à estàr actualmente en Dios, no puede decirse que pasa, como en el estado precedente, de el de la cosa en quien estaba divertida al sèr de Dios, de quien estaba olvidada; porque quando se halla divertida, y olvidada de Dios, no se divierte en otra co-

sa,

sa, ò en otro sèr distinto de Dios; ni el alma por entonces està en cosa alguna, que sea objeto de su entendimiento, ò voluntad, sino que solamente se olvida de Dios por la humana fragilidad, y asi su divertimiento no viene à ser en otra cosa, sino tan solamente es un olvido de Dios, causado de la humana fragilidad; y quando advierte el alma en ello, subitamente se buelve à Dios, no como quien pasa de una cosa à otra, sino como quien pasa del olvido à la recordacion de la misma cosa; esto es, del mismo sèr de Dios, que solamente reconoce, y esto con una simpli-

sima

sima recordacion amorosa de èl mismo, y en quien estaba el alma, sino actualmente por lo meosn virtualmente, y asi no se puede llamar cosa distinta, pues solo pasa de lo virtual à lo actual. De donde se sigue, que el alma dichosa, que goza de este feliz estado de union (que llaman los mysticos) continuamente està mas en Dios, que en sì misma, que es lo que dixo el Filosofo, que el que verdaderamente ama, mas està à donde ama, que à donde ànima.

Lo qual altisimamente se verifica aquì, no solo en el tiempo de la oracion, exercicio intimo,

sino

sino en toda ocupacion exterior, sin que ninguna cosa le sea poderosa à divertirle, por tener aniquilado el sèr propio de las criaturas, y el suyo propio, y no se conoce otro sèr, que el de Dios, que està en ellas, y en sì misma, asi dice con el Profeta: *Ad nihilum redactus sum, & nescivi. Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, & delectatus sum.* Porque como advierte Ricardo, de gradibus charitatis: *Quando anima ad tertium gradum charitatis ascendit, nihil præter unum, vel nisi propter unum, diligit, nihil omnino satisfacere potest præter unum, & sicut nihil sapere potest nisi proptèr unum,*

unum, unum amat, unum diligit, unum sitit, unum concupiscit, ad unum anhelat, in unum suspirat, in uno ardescit, in uno requiescit, unum solùm est in quo refocitur, unum solùm est in quo satiatur, nihil dulcescit, nihil sapit, nisi hoc uno condiatur, quod ad ultra se offerat quidquid sponte deviat, cito rejicitur, cito conculcatur. Y la razon es, porque como no reconoce, sino solo un sèr verdadero, todo lo demàs juzga por nada; y como este sèr verdadero, que solamente reconoce, halla en todas las demàs cosas por medio de la dicha virtud, è ilustracion divina, y sobrenatural, que sola-

lamente la enseña, que no hay cosa, por minima que sea, en quien Dios no exista, dandola el sèr, y conservandola en el que de suyo no tiene, solamente este sèr Divino, es à quien su alma se termina, sin atender à la figura, quantidad, ni imagen de las cosas, y asi viendo, no vè, y oyendo no oye, viviendo en esta carne mortal, vive una vida mas Angelica, que humana, diciendo con el Apostol: *Nostra autem conversatio in Cœlis est.*

****

TRATADO SEGUNDO,

DE LOS TRABAJOS, QUE CORRESPONDEN à cada grado de Oracion, y como se hà de haber el alma en ellos.

CAPITULO PRIMERO.

AUNQUE en todos los grados de Oracion, y en cada uno de ellos, experimenta el alma no pequeños consuelos espirituales, y favores sobrenaturales, como

se colige de muchas partes ; pero no siempre son eſtos tan continuos, que dexen de ir mezclados con muchos trabajos interiores, y tribulaciones no poco penosas, las quales se pondràn aquì con distincion, segun el grado de Oracion, à que de ordinario suelen corresponder, para que el alma sepa còmo se ha de haber en ellos, y no se entienda, que entendemos aquì por trabajos las sequedades, y faltas de gustos sensibles, que suelen sentir las almas en la Oracion algunas veces, que eſto, aunque es trabajo, y mucha penalidad para el alma ; pero asi

por

por ser general en qualquier grado de Oracion, y comun à todo estado de perfeccion, como por ser cosa mas sabida, no se pondrà aquì cosa alguna tocante à estas sequedades, sino es solo à otros trabajos particulares, propio cada uno de ellos de distinto grado de Oracion, al qual corresponden ordinariamente ; en los quales trabajos se haya el alma pasivamente por sobrevenir casi siempre en grados de Oracion sobrenatural, y haber yà el alma salido de mantillas, y de la Oracion discursiva, y de meditacion, en que se exercitò actualmente en la mortificacion de los sen-

sentidos, y de todo lo exterior, y sensitivo, padeciendo no pequeño trabajo en reducirlos à sujecion, y servidumbre de el espiritu.

Despues de haberse exercitado yà el alma algun tiempo en el exercicio de la meditacion, y Oracion discursiva, suele Dios Nuestro Señor levantarla à grado mas perfecto, y ponerla en Oracion de recogimiento, ò simple aprehension; si bien para hacerla este favor suele de ordinario disponerla un trabajo, y penalidad bien grande, entrandola en la noche del sentido, donde con su obscuridad la puri-

rifica, para cuya inteligencia se ha de advertir, que noche (en la Theologìa Mystica) quiere decir perfeccion, ò caminar à ella; pero hay dos generos de noche, una de abstraccion de todo lo criado, que es la que significa perfeccion; otra es noche de ignorancia, que es de la que tratamos aora.

Sale, pues, el alma de los discursos, à donde parece tenia yà sabido el camino, y metela Dios en su lecho, para que la saque solo al descanso, y recogimiento (que eso denota el lecho, en que la Esposa dice en los Cantares, que buscò à su Amado) mas co-

como ignora el modo, se vè metida en obscura noche, causada de sus ignorancias, à donde no puede, ni sabe còmo se avenga, para encontrar al que desea su corazon; porque el camino de los discursos se le han cerrado, y la han desterrado de èl, y asi halla seco el paladar de su entendimiento, y no entiende lo que apetece su voluntad, por la confusion en que se halla, viendose tan acosada, que si comienza à meditar, no halla còmo, y topa con un simple, que la hace bolver atràs; y aunque el mismo espiritu desea recogerse, y apetece descansar en este lecho, no

sosiega, porque la noche de la ignorancia le deslumbra, no alcanzando, que aquel ocio, y descanso es el mejor, antes le parece, que todo lo que no es el macear con discurso, es perder tiempo, y bolver atràs, y es engaño grande, pues eſta obra no es del sentido grosero, sino del amor: no del bachillèr entendimiento, sino de una santa voluntad, y operaciones suyas, que siempre son amorosas, y mientras mas amorosas, mas sin trabajo: mas parecele al sentido, como la operacion es delicada, que es perder tiempo, suele sentirse el alma en medio de eſtos
tra-

trabajos, y combates, quando no gusta del manjar de eſte ocio santo, por parecerle no halla allì un Dios (y es la verdad, que no le halla como ella le busca, que en diferente modo se le ofrece) se siente tan falta de aliento, que eſtà como una persona, que ha corrido mucho, y apetece sentarse para descansar, no porque eſto exteriormente se sienta, sino en la misma alma, que ella por eſte modo pide lo que teme, y apetece lo que desea; y aquì lo que importa es, dexarse eſtàr en aquel ocio (no quiero decir ocio falso, en que las potencias no obran, sino de

el que enseña S. Juan de la Cruz, y Santa Teresa) donde descansen, y tomen aliento; y sin duda le toman, y se le dà Dios para mayores cosas: y no se entienda, que sea este recogimiento de los intensos, que en fin es el grado primero, y el primer paso de el espiritu, y no mas de un deseo de recogerse con esta gana, que el espiritu tiene de descansar, aunque el sentido terrestre no la dexa, como està enseñado à su modo de obrar discursivo, y la parte superior, como tan poco espiritualizada, no hace distincion de lo sensible, ofreciendole mil dudas, que ha

 me-

menester quien se las declare, y deshaga, eſtà aquì el alma expuesta à perder mucho tiempo con eſtas dudas, y temores, sino halla un Padre espiritual, que le encamine, y desengañe, à quien pregunte, se rinda, y sujete, que es la primera diligencia, que dice la Esposa en los Cantares, que hizo, para hallar à su Esposo, y amado; y para de veras conseguirla à menos costa, ha menester, demàs de eſta diligencia, hacer otra, que es trocar noche por noche, dexando eſta de ignorancia por otra de desnudez, y entonces conseguirà sus deseos.

Eſta

Esta noche segunda ha de venir acompañada de soledad de criaturas, de serenidad de cuidados, y de despego de todo lo sensible, desnudandose el alma de todo lo corporeo, y de las representaciones, è imaginaciones, que en el discurso tenia, que aunque à los principios es necesario meditar; pero aquello no es para todos estados, y el imitar es lo mas importante: que por eso Christo Señor nuestro se nos representa como puerta, y nos dice, que es puerta para entrar al Padre, al qual hemos de adorar en espiritu, sin hacer caso del discurso, que en

esto caso se lo quita Dios à el alma, por desterrarla de la grosera leche del sentido, y ofrecerla otra mas espiritual, que es este recogimiento, y ocio de que vamos hablando, y una de las mayores señales, que hay en esta noche de que es buena, y que en ella hace Dios su obra, es no tener el gusto, que solìa, de las cosas de la tierra, que de todo eso queda desganada el alma con el amargor de las tentaciones, y escrupulos, que aqui se le ofrecen.

La mas ordinaria tentacion en esta vigilia primera, y parte de esta noche, es contra la Fè en blas-

blasfemias penosas, grandemente, y se junta con grandes melancolias, por quanto estas son seguras, son tristes, y trabajosas al gusto que las padece, y casi siempre son las primeras que se pasan, por menos enseñada el alma à pelear, las tiene mas temor, y cobardìa; cosa para ellas muy dañosa, pues quieren estas solo sea resistidas con determinacion, no haciendo caso de ellas: son como unos importunos mosquitos, que jamàs dexan de molestar; y las mas vezes, como nueva el alma en semejantes cosas, piensa que sola ella es archivo de cosa tan enor-

me,y lo que no està en su mano, que es prevenir el pensamiento, para que no acometa, juzga que es culpa, y que la voluntad interviene, estando èsta tan libre, quanto agena de gusto en padecer aquel horror de pensamientos confusos que la asaltan, y como se levantan con las sequedadas dichas, anda el alma metida en una prensa, nada le consuela, todo es ponderar su trabajo, y al paso que le pondera, crece mas, y à trueque de verse libre, èl pasaria por otro qualquiera, mas no entiende, que con esta purga dispone el Espiritu Santo su espiritu, sin que la alcance.

De-

Dexanse llevar las personas, que estàn en este estado, demasiadamente de esta tristeza, y melancolìa, y es tentacion conocida; porque el espiritu triste està muy proximo à estàr tibio, y à perder tiempo, y asi ha de procurar divertirse de ella, no con distraimiento, como piensan algunos; sino con llegarse mas à Dios, y con leer libros buenos, y cosas licitas, y aquì suele haber un peligro, y es, que como el alma se halla oprimida, y sin poder discurrir, y el espiritu en aquella angustia, apetece el hallar à Dios, sin entenderlo, lo dispone la parte

sensible à su modo, y anda buscando en las criaturas lo que en solo Dios puede hallar, yà en aquesta conversacion, yà en aquel divertimiento, y como està fuera de aquello lo que ha de satisfacerla, toda la crucifica mas, viene aquì muy bien lo que dixo la Esposa: Que le buscò por calles, y plazas, y no le hallò. Recojase, pues, si quiere hallarle, y no dude, que dentro de sì tiene à lo que busca, y mientras mas en las cosas criadas le busque, menos tendrà de èl noticia.

Tambien suele juntarse aquì otra tentacion, y es, que vàn en

me-

medio de esta afliccion muchas veces à su Confesor, con ansia de descansar, y decir lo que sientan, y se hallan tan imposibilitados, que todo es lagrymas, y sentimientos, sin poder significar lo que les atormenta, y otras veces les parece, que en aquello que sienten, no es digno de que se haga caso de ello para decirlo, porque es nada, y una fantasìa, y antojo de su pensamiento, y que el Confesor se rie de ella, esto es un ramo de soberbia, que hace gran daño, que si huviera humildad, poco se les diera, que se rieran de ellos.

Deben, pues, saber los que

exercitan este acto de obediencia, que no ha de haber pensamiento por minimo, que sea, que no se manifieste al Confesor, porque quien encubre su mal, se imposibilita del remedio, y es manifiesto el daño à que se expone, por no seguir claridad, y llaneza. Añadeseles à estas almas, ademàs de estas tentaciones dichas, otra mucho mas penosa, y peligrosa, por tocar à la confianza; toca esta à la segunda Vigilia de esta noche, y asi se tratarà de ella en el siguiente Capitulo.

CA-

CAPITULO II.

De la segunda vigilia de la noche del sentido, y trabajos que à ella corresponden.

CLaro està, que siendo la vigilia segunda de la que aora vamos hablando, que han de ser mas densas las tinieblas, que hay en ella, por estàr el alma mas metida en el golfo de su purgacion, y à su parecer mas lexos de los rayos del Sol, que la iluminaban, mas no por eso dexa, mientras mas caminàre en ella, de acercase mas à la luz de la venidera Aurora, que la aguarda.

Ya

Yà en el fin del Capitulo pasado se tocò, como la esperanza, y confianza del alma, parece no està fixa, que la Fè desfallece à cerca de esta virtud, industria de que Dios usa para fundarla mas en ella. Pareceles, pues, à las tales personas, que es su cansancio en valde, pues en las cosas buenas se hallan incapazes de perseverar por su poca constancia, y malas costumbres, y que nuestro Señor las ha repudiado, que no merece menos la multitud de sus pecados: porque quando son tantos los mismos, provocan à la Justicia Divina, para que endurezca

ca sus corazones, como el de el Rey Faraòn, teniendo esto por verdad infalible, sin haber quien otra cosa les persuada, y de los que otra cosa les dicen, juzgan, que es que no las entienden, y que si vieran las desdichas tan patentes como ellas las vèn, dixeran lo contrario, y no acaban de conocer, que es que ellos son los que por la obscuridad en que estàn metidos, no conocen lo que los que los guian alcanzan. Dicen tambien, que en quanto hacen provocan à Dios à ira, y à executar su justicia, que para mayor justificacion de ella quiere que acà, y allà padezcan infierno,

pues el de allà yà les comienza acà à atormentar, y en quanto al de acà tienen razon, porque son de aquellos, que dice David, que descienden en el infierno vivos: peticion, que si se miràra à la letra, atemoriza, y espanta; mas tomandola en este sentido, es la mas util, que por sus amigos podia hacer. Pues esse modo de baxar à los infiernos vivos, los libra, que desciendan muertos. Y hablando mas claramente, padecen en esta vida algunas almas estas espantosas penas, para por medio de ellas hacerse capazes de Dios, por pureza de vida, para gozarle en la otra eternamente.

Tràs todas estas cosas, que tienen estas almas en eſte eſtado recibidas por verdaderas, tienen otras, que es no persuadirse à lo que las dicen, que es el mayor trabajo, cifrado en el peligro mayor; si bien es verdad, que como no les acompañe desobediencia, es permision de Dios, eſte no acabar de conocer, que reciben de la mano de Dios eſtas penas para su purificacion: porque si à esto se persuadieran, luego la pena quedàra disminuida, pues estando ellas deseosas de dar gusto à Dios, si entendieran que en eſtas penas lo hacian, fuera el trabajo mucho menos;

y si para consolar las tales almas, las proponen, que otras vàn por el propio camino, antes con esto crece su desconsuelo, pues les parece, que à los otros les dà Dios esto para disponerlos como à justos, y ellos lo padecen por rigor, y castigo, como viles esclavos, que no merecen mas; y si les representan la grandeza de la Misericordia de Dios, alegan, que es la justicia igual atributo à ella; ello en sì es un genero de trabajo grande, y los que tratan con estas almas le tienen, que han menester amor, y maña para saberlas llevar, y mas para hacerlas, que hablen claro,

y digan lo que sienten, que aqui eſtàn encerrados grandes daños. Y es trabajosa eſta tentacion, si el que ha de quitarla no tiene mucha perseverancia, amor, y paciencia; perseverancia, para no cansarse en examinarla; amor, para tolerar con paciencia tanta rebeldia; y paciencia para no llevar con rigor lo que ha de ser à fuerza de blandura, por que en tales ocasiones no eſtà el sujeto para llevarle à palos, que seria hacerle caer con la carga: lo que mas se puede hacer, es aprovecharse de las armas de la obediencia, que algunos poco experimentados en semejantes

cosas juzgan por condicion del sujeto lo que es tentacion, y llevandolo por rigor, afligiendo al pobre, que eſtà con el agua hasta la garganta, poniendole en contingencia, que hable menos por la turbacion que recibe, con lo qual las tentaciones, como son todas de desconfianza, crecen mas, y suele ser eſto tanto, que eſtàn en punto de matarse, ò hecharse un lazo à la garganta, diciendo: que para què quieren dos infiernos, que mas vale ir temprano donde ha de ir tarde, y tal vez hacen alguna accion de executarlo; mas Dios, quando es mas la tentacion, les deter-
mi-

mina un pasmo tan grande, que quedan sin movimiento, ni discurso, ignorando quien las detiene, y con eſte encanto se amortigua aquella furia, y se mitiga el sentimiento, para que el alma tome algun aliento en eſte termino breve, que es como una suspension de pena, sin rastro de alegria.

Què escrupulos, pues, no padecen en eſtas mismas acciones, que sus tentaciones las acarrean? Què de pecados mortales entre sus varias imaginaciones no deslindan, para afligir sus apretadas conciencias? Yà juzgan su culpa digna del castigo de el Tribu-

bunal de la Inquisicion, sin hacer distincion de lo que và de tentacion à deliberacion de la voluntad; no advierten, que en la parte sensible es à donde pasan estas borrascas, antes juzgan à la parte superior muy de parte de ella, convirtiendo sus vidas en confusion, el tiempo que esto dura.

Sucede otro genero de trabajos à estas almas, y no es menor, y es que muchas vezes vàn rebentando à los pies del Confesor, deseosas de hallar en èl algun alivio, y permite Dios, que le hallen tan desabrido, tan gruñidor, y mal acondicionado, que ni le dicen palabra,

ni

ni salen sino reventando, de verse por todos cominos tan apretados, y sin alivio, y es permision de Dios, porque el mismo Confesor, aunque se quiere hacer fuerza, no puede, ni està en su mano, y queda despues pesaroso de lo que ha hecho, por el conocimiento que tiene de la pena del paciente.

Pero dirà alguno, que en tantas, y tan diversas ocasiones, y tan grandes tentaciones, de què remedio usarà el alma, que sea mas à proposito? A lo qual respondo, que uno solo hay, y es eficaz, y poderoso, que es la verdadera resignacion en las divinas manos, aguardando con

paciencia, que Dios mejore el tiempo. Y la resignacion, para que aqui haga efecto, ha de ser tan grande, que pierda una alma el temor al infierno, à donde à su parecer se vè propinqua, huyendo las ofensas de Dios, y de qualquiera imperfeccion, que hecho esto, aunque Dios le heche en el infierno, no la puede faltar: y no faltandola Dios, què le falta? Tambien ha de procurar, como và dicho, hablar con toda claridad al Confesor, como à Medico del alma, y sobre todo dexarse al parecer ageno: por que adiestrada de tan buena compañia, como es la virtud San-

ta de el recogimiento, salga en paz de tan peligrosos pasos.

No piense nadie, que estas penas es regla general, ni que estas se han de padecer por fuerza en este primer grado de recogimiento, que algunos las padecen antes, y otros mucho despues: por què quien podrà atar las manos à Dios, que hace en eso su voluntad, habiendose conforme à los naturales, y la necesidad que en ellos vè, usando en todo de su misericordia, para bien nuestro; pero se ha puesto en este estado, por ser lo mas ordinario padecer en èl.

Tampoco lo es, que todas las

almas lo pasen de vna manera misma, que en unas son las penas menos intensas, y en otras mas; y esto por dos causas: la primera, porque no son todos unos, y unos estàn mas despegados que otros de las cosas de esta vida, y asi no es en todos igual el rigor de la purgacion: la segunda, porque tampoco todos son para un mismo grado de perfeccion, no por parte de Dios, que no es aceptador de personas, sino que no todos se disponen igualmente, ni merecen de Dios auxilios iguales.

CA-

CAPITULO III.

Prosigue la misma materia, y se declara, por què muchas almas, que Dios ha puesto en esta purgacion, salen peores de ella.

ASI como quando una persona achacosa puesta en cura, sino guarda la dieta necesaria, antes hace excesos, se le convierte en ponzoña, y queda peor de lo que eſtaba antes de curarse: lo mismo à la letra pasa acà. Buelvense con la fuerza de esa purgacion, ò revelanse nuestros ape-

apetitos, sale la mala condicion, y todas nuestras pasiones à hacernos guerra, pues en lugar de vencerlas, y mortificarlas con las mismas armas de penas, que Dios en nuestras manos ha puesto, les damos oìdos, y nos dexamos llevar de ellas, como el enfermo de las demasìas, y excesos, què maravilla, que salgamos pobres? Si con deliberada voluntad te arrojas en este estado à cumplir apetitos, à no tolerarse, y sufrirse à sì mismo, y à no guardar à Dios fidelidad, què maravilla, que te suceda mal, si de la triaca haces veneno, en lugar de hacer del veneno triaca?

ca? Guardense, pues, como yà he dicho arriba, en buscar alivio en las flores del entendimiento, no hallen la Serpiente de la ocasion, que les engañe, y haga aflojar en todo lo que es bueno.

Juntanse tambien en algunas personas, en el tiempo que vamos hablando, la falta de salud, y achaques, y con esa causa mitiga el rigor, pareciendoles, que males de el cuerpo no se pueden pasar sin divertimiento del alma, y con eſta socolor vàn multiplicando defectos, y en estando tan delicado todo, como he dicho, daña.

Hay otras almas en eſte estado,

que

que como sienten en sì ansias de no ofender à Dios, y auxilios de la divina gracia para no hacerlo, y por otra parte la malicia de la naturaleza, les hace caer en defectos ordinarios, y particularmente en poca paciencia, y en no sufrir en las ocasiones con silencio humilde, es tanta la pena que les causa, y lo que les fatiga, que hechan (como dicen) la soga tràs el caldero, y el tiempo, que habian de restaurar lo perdido, y en pedir perdon à Dios, lo gastan en inquietarse, y ponderar sus faltas, no para levantarse yà de ellas, mas para fomentar discursos de si podian

ir-

irse à la mano, y apartarse de la ocasion, y otras cosas, que les representa el enemigo para descaminarlas, no viendo con la fuerza de la pasion, que las cosas hechas, no les queda otro remedio, que la enmienda de las por hacer; sacando de estos pensamientos, que se atreba el Demonio à tentarlas, para que dexen la oracion, y representandoles falsamente, que antes estaban mejores (siendo la mejora que tenìan, no sentir su mal de puro malo) y como esta tentacion acomete con capa de humildad, siendo toda causada de soberbia, parece à el alma, que

en todos estos trabajos anda à ciegas, que es razon, y no tentacion, como si huviera de estàr yà impecable, y en estado de innocencia: humillese, pues, reconozca su miseria, y llegandose al que es fortaleza de flacos, confiesele su flaqueza, y si mil vezes tropieza, levantese otras tantas, mostrando animo de valeroso Soldado, y no visoño cobarde, que al primer golpe de el enemigo buelve las espaldas.

Suele sobrevenir aquì otro trabajo, ò tentacion no poco penosa, y es, que viendose el alma en el estado dicho, huye llegar à recibir el Sagrado Cuer-

po

po de Nuestro Señor Jesu-Christo: porque aunque no ignora, que es medicina en quien eſtà nuestro remedio: pero como la pobre alma se vè metida en tan profundas obscuridades, hace discursos à su parecer bien claros, de que no eſtà en gracia, y que quien en ella no le come, come en èl su muerte, y su juìcio, sentencia verdadera, si en ella no estuviere: pero eso no lo ha de juzgar la misma alma; que mal puede hacer distincion de colores, quien no vè, y necesita, que se adiestre en la obediencia à quien rige su conciencia, y si èl le manda, que co-

en todos estos trabajos anda à ciegas, que es razon, y no tentacion, como si huviera de eſtàr yà impecable, y en eſtado de innocencia: humillese, pues, reconozca su miseria, y llegandose al que es fortaleza de flacos, confiesele su flaqueza, y si mil vezes tropieza, levantese otras tantas, mostrando animo de valeroso Soldado, y no visoño cobarde, que al primer golpe de el enemigo buelve las espaldas.

Suele sobrevenir aquì otro trabajo, ò tentacion no poco penosa, y es, que viendose el alma en el estado dicho, huye llegar à recibir el Sagrado Cuer-

po

po de Nuestro Señor Jesu-Christo: porque aunque no ignora, que es medicina en quien està nuestro remedio: pero como la pobre alma se vè metida en tan profundas obscuridades, hace discursos à su parecer bien claros, de que no està en gracia, y que quien en ella no le come, come en èl su muerte, y su juicio, sentencia verdadera, si en ella no estuviere: pero eso no lo ha de juzgar la misma alma; que mal puede hacer distincion de colores, quien no vè, y necesita, que se adiestre en la obediencia à quien rige su conciencia, y si èl le manda, que co-

comulgue, rinda su juicio; y obedezca, mire que lo demàs es cebar su propia voluntad, y los Padres de tales almas opriman-las, y fuerzenlas à que lleguen à esta Fuente de salud, que importa mucho, para que mas apriesa, y con mayores fuerzas, pasen de este paso tan aspero, y fragoso: Y tu, alma afligida, rindete al parecer ageno, ciegate à la obediencia, que ella sola sabrà suplir por tì cumplidamente: no te espanten los terrores, y errores, que acabado de comulgar te causan tus tentaciones, y que à veces sean tantas, que parece, que no has recibido à Dios, mas

que tienes un infierno en el pecho, no temas: que no es otra cosa, sino que el Dios de las Batallas gusta de vencer las tuyas: pero dirasme, còmo es, que lo que à Dios es gusto, à tì es pena: que Dios es Principe de paz, y no habita en pechos inquietos, y tambien diràs, que si el testimonio de tu conciencia ha de ser tu juez, que ni hay que preguntar, ni que dudar, pues vès tù mas que la luz del medio dia, tu perdicion clara, y patente? A lo primero respondo, que aunque es verdád, que es morada de Dios el alma quieta, y pacifica, tambien dixo su Magestad de sì,

que no venia à traer paz à el mundo, sino guerra, hablando de la que tu padeces, pues de ella ha de resultar la quietud, que por su solio estima. A lo segundo de el testimonio de tu conciencia digo, que no tienes aora ojos claros para juzgarlo; y si quieres pelear seguramente, ha de ser tu norte la obediencia, y con ella pasaràs ese borrascoso mar, y llegaràs à el puerto deseado.



CA-

CAPITULO IV.

Del segundo grado de recogimiento, declarase què sea.

QUIEN leyere el primer grado de recogimiento tan lleno de guerras, y rebatos con las propias pasiones, podrà decir (y al parecer con razon) què como se dà nombre de recogimiento à lo que mas legitimamente parece inquietud, y divertimiento? Respondese que es verdad, mas como todo và ordenado à quitar estorvos, y no hallar inconveniente, para que le

el alma consiga su intento de recogerse bien, se le puede dar à la causa el nombre, de que ha de gozar el efecto, aunque ella nunca se recogiese: pero sì hace, pues aunque no sean totalmente aquellas ansias de hacerlo, siempre la ocupan, y muchas veces consigue su intento en tiempo, que las peleas se amortiguan.

Habiendo, pues, el alma pasado los trabajos referidos, aunque no todos igualmente, ni de un mismo modo, como yà queda dicho, lo que se le sigue es, que serena Dios el Cielo, y la ilumina con muchos rayos de luz,

con

con los quales alumbrada halla à su Amado, que es lo que tanto desea, y porque tantas penas ha padecido, y con la Esposa en los Cantares, dice con tierno, y amoroso corazon: *Topè à mi Esposo, y no le soltarè jamàs.* Dichosas almas, que comienzan à gustar de estas amorosas batallas (aunque no tan gustosas para ellas, pues cuestan tales efectos) para no soltar à quien han hallado con tanto trabajo: yà en este estado puede muy poco con ellas todo lo poco de esta vida, à todo le dàn de mano, y con tantos fervores comienzan à gustar del descanso de su lecho en aquel ocio

san-

santo, de que antes huìan: el qual no es otra cosa, que un retiro de todo lo criado, y un recogerse las potencias, y sentidos à descansar à los pies de el amado, cesando todos discursos, y empezando à efectos de amor, que yà en este estado juzga es pasado el invierno de las penas, y venido la primavera, en que esparce flores de continuos deseos, y que se escucha el canto de la casta Tortola, alegre de haber hallado à su amado consorte.

Està en este estado el alma como adormecida en un deseo de soledad interior, y exterior, para

ra abrazar à Dios, que conoce por Fè estàr en ella. Y advierta, que para caminar camino seguro, se ha de ir desnudando de toda representacion de forma de imagen, ò figura, porque es muy sin ella el que dentro de èl habita. Todo lo qual, y lo que toca à este grado de recogimiento, yà queda dicho arriba en otros dos lugares, y asi aqui solo se advierta, que no consiste este recogimiento en no menear pie, ni brazo, ni tener accion de vida como algunos piensan: para esto hechense à dormir, y se hallaràn bien quietos, sino lo que se pretende es, que la voluntad

obre, y ame, y que el entendimiento se ilumine, y la memoria se ocupe en la obligacion de amor, que se le representa, por los beneficios recibidos, y esto sin hacer memoria particular, sino en un objeto confuso. Y aunque es verdad, que estas potencias ultimas tienen poca atencion en este estado, pero mientras la voluntad estuviere amando, estese el alma descuydada de que el entendimiento se divierta, que yà la primera operacion fuè suya, pues la diò luz informando à la voluntad, mediante la qual se inclinò à amar; mas quando la operacion de la vo-

voluntad cesa, y el alma hecha de ver, que no està alli mas que recogida exteriormente, como haciendo apariencia, mire que es perder tiempo, y que debe hacerse fuerza (aunque con suavidad) à estàr alli como ha de estàr enfervorizando la voluntad con pensar en algunos beneficios, haciendo actos de amor, y si de esta manera no pudiere, buelvase à la humanidad de Christo nuestro Señor, tomando arrimo en un paso, ò haciendo en todos juntos aprecio general, sin desmenuzar nada, que es mas à proposito para el estado presente, por no ser tiempo de discursos, mirando en

las muchas deudas recibidas, y no pagadas, que suele ser el modo mas eficaz de encenderse en amor el alma: y si de una manera, ni de otra puede, alegrese con que haze lo que es en sì, y aguarde con paciencia la visita del Señor, no cansandose de esperar, que no tarda, aunque se lo parezca, pues son estos detenimientos suyos, para mayor bien nuestro.

Tambien es otro inconveniente en este estado, que las almas que estàn rendidas à la obediencia, como por ella dàn cuenta de sus operaciones, con aparencia de ser en ello puntuales, à penas les acomete la mas minima cosa

en la oracion, quando yà en ella misma eſtàn ensayandose, para darla quando tenga ocasion à su Padre espiritual, y con capa de virtud pierden el espiritu, admitiendo pensamientos: (que aunque sean justos, dandoles una vez entrada, acudiràn otros mil impertinentes) tràs eſto tambien les nacen deseos de comunicar con sus familiares todo quanto les pasa, asi en la oracion, como con el Confesor, y eſto es muy ordinario en mugeres, haciendo chiste de lo que es virtud, y entretenimiento del recogimiento; todo lo qual demàs de ser imperfeccion muy grande, y muy

ageno

ageno de buen espiritu, es perdimiento de tiempo, y asi se debe escusar.

La presencia que ordinariamente traen los que eſtàn en eſte eſtado: es creer por Fè (pues lo es) que al que amamos eſtà dentro de nosotros mismos: en nuestro centro, como en Reyno suyo; siguiendose de eſta consideracion el reverenciarle como à cosa tan presente, llamandole en las necesidades como à tan propinquo, sin ir à buscar lexos lo que eſtà tan cerca. Y à tiempo serà bueno ayudarse con algunas palabras jaculatorias, que levantàn el Espiritu, y le fervorizan

rizan alentando nuestra flaqueza con la blandura del amor, que en ellas suelen sentirse.

CAPITULO V.

De la Oracion de quietud, y de los trabajos, que à este grado corresponden.

DEL grado sobredicho suelè Dios de ordinario levantar el alma, que coopera con los auxilios à otro mas levantado, que se llama Oracion de quietud, de la qual goza por tener quietud casi de todos los sentidos, y potencias; digo casi, porque

no siempre, sino por pequeños ratos, se aquietan todas; aqui la voluntad se lleva la mejor parte, como archivo en donde se deposita el amor, y en este estado goza de union, no perfecta, por que perfecta union es imposible, estando el entendimiento por purificar como conviene, y asi siendo el arcaduz por donde el agua del conocimiento viene à el alma, y siendo èl la nube por donde los rayos del Sol se extienden à la voluntad, estando aquella no muy clara, y pura: tampoco lo serà del todo la luz, que por ella pasa à la voluntad. Si bien es verdad, es tanto lo que aqui goza

la

la voluntad, que se puede decir es una dulze herida; un dulze movimiento al centro en su misma quietud, y un sueño sabrosisimo, que regala à el alma, y un descansar en brazos del amado; pero en medio de este tan alto estado, nunca dà Dios à el alma el vino de sus favores, sin aguarle con el agua de sus trabajos, y eso de industria, porque le ha de entrar en provecho; pues si se lo diera puro, se le pudiera subir à la cabeza el humo de una vana presuncion, y causarle baguidos de alguna vanagloria, que fuera lo mismo, que sacarle de juicio, pues es

verdaderamente estar sin èl, è I no juzgar de si bajamente; por eso como digo, no faltarà en este estado, ni en niguno trabajos, y tambien por no privarlas Dios de los thesoros, que ellos acarrean; pues son el crisol de todas las virtudes.

Dexando, pues, aora los innumerables favores sobre naturales, que suele Dios hacer en este estado à las almas. Vengamos à los trabajos, por cuyo medio las purga Dios perfectamente, para levantarlas despues à otro muy mas alto estado. Llamase esta purgacion de espiritu, como la pasada del sentido. Es pues el

el primer trabajo por donde ordinariamente se empieza esta repugnacion de Espiritu, ù obscura noche, las ausencias de Dios. Y veamos porquè se les dà este titulo, supuesto que el Señor no se ausenta del alma, sino por culpa mortal, y en tales almas es cierto, que no la hay, pues las sublima Dios tanto? Respondo, que se llaman ausencias: porque es comun bocablo de quien siente retiros de este Divino Señor, pero no lo son; sino un esconderse amorosamente para ocasionar, à que el amor crezca, la Fè se exercite, y la paciencia se corone.

Aconteseles à las almas à quien este Señor se les esconde, lo que à los Cazadores, que vàn en busca del animal llamado Carbunco; el qual tiene una piedra resplandeciente por ojo en la frente: vàn, pues, dos Cazadores de noche (symbolo de lo que vamos hablando) para que con las tinieblas de ella luzca el resplandor de la piedra, que alumbra gran distrito. Vanle siguiendo con el rastro de la luz, y quando el animal siente, que llegan, hecha el parpado, y dexalos à obscuras, juzganlo perdido, y à las veces èl esta tan cerca, que le pisan, mas como

es-

estàn à obscuras, es lo mismo que si estuvieran muy lexos. Esto, pues, à la letra pasa en las tales almas, vàn siguiendo aquel rastro de luz de los favores Divinos, con ansias de encontrar à Dios, autor de ellos, y quando por sus virtudes eſtàn mas cerca, esconde su luz, hecha la cortina à sus favores, y cierra el parpado al ojo de la inteligencia, ù de la presencia de Dios, ò favor suyo, que alumbraba à el alma, y dexala como à obscuras, no se ausenta, mas se esconde, para mostrarnos, que no eſtà en regalos la perfeccion, y para probar nuestra perseverancia, y aumentar nuestra corona. Si

Si pensare alguno, que ausencia, y desamparos, es una misma cosa, advierta que es engaño: porque en el lenguaje del Espiritu no frizan, ni se sigue lo uno de lo otro, sino es que su Magestad quiere juntarlos: porque bien puede una alma (como acontece muchas veces) sentirse ausente, y no sentirse desamparada, antes hallar en sì una fuerza, y animo, que la infunde, sin saber como, mas bien considera que el retirado Dueño suyo, es tambien de esto el author, aunque lo mira con alguna duda, como quien anda sin luz.

Antes de pasar adelante, serà bien

bien declarar dos generos de ausencias, y qual sea el mas perfecto: digo perfecto, quanto à los efectos que de cada uno se siguen. Es el uno impaciente à fuerza de grande amor, que no admite termino, ni dilacion, para gozar de lo que ama, como la Esposa en los Cantares lo declara, que saliò por las calles, y plazas à buscar à su amado, sin parar, ni reparar en la compostura de su estado, antes iba publicando à todos el dolor, que atormentaba su pecho, y verdaderamente aquellas congojas, y ansias de amor, solo podia causarlas el auxilio proxi-

mo de su amado, que la fomentaba, sin que el alma lo entendierá.

Otros hay, que se pasan con gran resignacion, queriendo lo que Dios quiere, y padeciendo cõ gusto aquel apartamiento por el gusto de Dios: siendoles almibar à su paladar este retiro, por la negacion que han hecho de su voluntad: como hallan quieta su conciencia, todo les parece poco, para lo que desean padecer: si este modo es con todos requisitos, tengo por sin duda, que es mas perfecto modo de llevar este trabajo, que el primero, porque en la resignacion consiste la perfeccion,

y

y aunque es verdad, que la inquietud de las otras nace de ansias de amor meritorias, y dignas de gran alabanza, pero nunca eſtà su calor mas en su punto en el alma, que quando eſta eſtà arrimada à la voluntad, y querer del amado, queriendo lo que èl quiere, aunque sea à su costa: demas que se puede mezclar algo de propio amor en aquella ausencia, y poco sufrimiento, y juntamente no eſtàr enseñada à comer pan de suertes; tambien en el dexamiento hay peligro, si es dexamiento, y no resignacion, porque trae consigo distracion, y poca me-

moria del amado, y no muy solicita voluntad. Y si esto siente el alma, piense que no obra en ella el Espiritu de la desnudez, sino es de la floxedad. Alientese, pues, à no detenerse, que el camino de la virtud es peligroso, si no se anda con cuydado, por los muchos enemigos que andan para perdernos, disfrazandose à veces los vicios con capa de las virtudes, teniendose la floxedad por resignacion, por Oracion la ilusion, por penitencia la voluntad propia, por trato con Dios la golosina espiritual, y muchas veces el fin de la lismona, y de todas las demàs virtudes, la vanagloria.

Son

Son las ausencias, que en eſte estado sobrevienen al alma con tanta obscuridad, que parece que el entendimiento eſtà metido en una tiniebla densa, y confusa, con cuya sombra se le oculta la luz, tanto que no hay cosa que no ignore: ocurren à estas obscuridades mil dudas, todos los bienes pasados le parecen sueño, todo imaginacion, y fantasia, y que lo que hasta aqui ha obrado ha sido perdido. Què vacilamientos, què ansias, què congojas no tiene, y todo ocasionado de no entender el modo! Por que lo que es merced, juzga por castigo, è infierese lo dà Dios

por pecados suyos, y disgustos que le ha dado à su amado; y esto le causa tan gran tormento, que solo quien lo experimenta lo alcanza: piensa esa alma, que està en el numero de los aborrecidos, y desechados: llora, afligese, y no hay quien sus lagrymas enjugue, y asi atormentado su corazon de pensamientos tan penosos, como imita à Job en sus penas, se vale de sus mismas lamentaciones, y parecele que puede decir, que muebe Dios su corazon, quebrantado con el molino de la consideracion, que nunca cesa, y que la mano del Omnipotente la con-

conturba, à cuyas voces la misma alma ayuda haciendo el contrabajo: si bien siempre el compaz de la resignacion, la qual en esta postrera noche, y ultima vigilia, nunca falta; que aunque la parte inferior la altere, la superior no pierde su puesto, ni falta con la conformidad de la voluntad Divina.

Saca de aqui el alma gran bien, pues de todas estas dudas; que la ponen en semejantes aprietos, se enseña à desnudarse hasta del mismo Dios, por tenerle (digamoslo asi) vestido à su modo, y asida à èl con apetito sensible, para que quitado este re-

resabio, le vista de manera, que sea union perfecta, sirviendo yà à Dios sin interès, ni por gustos, ni regalos, sino por puro amor.

CAPITULO VI.

De los desamparos, que en este estado padece un alma.

SI las ausencias vienen con el rigor, que queda dicho, yà no son ausencias solas, sino que tambien tocan en desamparos, que ellos por si no son, ni tienen tantas fuerza, que lleguen à afligir con tanto exceso à el alma; pe-

pero si quando les acompañan desamparos, y que estos sean de los mayores trabajos, que una alma experimenta, vèse bien claro en nuestro Maestro Christo nuestro Señor, pues con ser tan innumerables los de su Pasion Santisima, de ningun modo se quexa, antes à todos parece eſtà como insensible, pero en llegando à sentir el desampàro de su Padre (aunque en la parte inferior solamente, que en la superior no fuè posible) se quexa tiernamente, y clama à su Padre, haciendole solo cargo de este trabajo. Y adviertan los Padres Espirituales, que aunque la superior

perior parte estè conforme con la voluntad de Dios, basta que la sensible sienta este tormento en su rigor, para que sea tan crecido, que salga de si el alma, y vierta quexas, y dè al Cielo voces; pues es Fè Catholica, que Christo nuestro Señor, no pudo estàr desamparado de la divinidad en la superior parte, pues esta porcion tambien aventurada fuè en la Cruz, como en el Tabor, y con todo esto se quexa amorosamente à su Padre, y aunque esto en Christo nuestro Señor fuè milagrosamente, tambien acà en oraciones sobrenaturales se experimenta lo mismo,

por

por querer su Magestad imprimir grandes borrascas en la parte que anima, y grande quietud en la parte que ama; no creido todas veces de los Padres Espirituales, antes sì una de estas almas llega à decirles: Padre, estoy afligidisima, turbada, y desamparada, y que parece que aun el aliento me falta: porque las cuerdas de las penas han puesto lazo à mi garganta, es manjar de mi boca las lagrymas de mis ojos: porque no hallo al Dios que adoro, y sobre todo esto siento un no sè què, que aunque me aflixo del modo que os cuento, no quisiera verme sin estas

penes, que con lo que parece muero, con eso vivo, en fin no sè declararlo, mas estoy resignada por una parte, y por otra me llega el agua de la tribulacion à la boca, y no sè quando me verè libre de tales aflicciones. Si no es muy diestro el Maestro Espiritual, le parece que el otro pobre que esto le cuenta desvaria, y que còmo se pueden juntar en un supuesto cosas tan distintas, no atendiendo, ni aun entendiendo, que son efectos de Dios, y de dos causas contrarias, que entre sì lo son, aunque viven juntas, como estas dos porciones, inferior, y superior.

Los

Los pensamientos, que aqui mas afligen al alma, y los que mas le hacen temblar, son pensar en el castigo que por sus culpas le amenaza entonces, gravemente exageradas de su imaginacion, que ausente se juzga de su Sol, y sin esperanzas de bolver à gozar de sus rayos, pues aun ignora lo que el Santo Job en medio de sus penas tenia por consuelo, diciendo el Santo: *Que tràs las tinieblas aguardò la luz.* Pues alma, por què no haces tu esto mismo? No hay ponerla en camino, todo es pena, y dolor eterno, y pensar con Jeremias, que està yà colocada entre los muer-

muertos sempiternos : porque lo que mas acredita su pena es no tener rastro de su esperanza, y como no eftà fuerte con ella, postrala el peso de su dolor à que ponga los labios en el polvo de su nada, la obscuridad la atormenta, y es causa de todas congojas, que si tuviera algun rastro de luz viera, que el mismo que la atormentaba la amparaba, y fuera efte para ella suave tormento, mas como no le conviene por aora tener alivio, eftè à obscuras, no dè luz el fuego, sea todo humo : pero humo tan oloroso à Dios, quanto à ella penoso, è intolerable, formase
de

de aquel humo aquella varita, que ha de llegar à enamorar al Cielo; es aqui el alma como perfume de pebete encendido, que sin llama dà su olor, y todo se convierte en humo.

Preguntarà alguno, y con justa causa, si viviendo tan sin esperanzas de sus aumentos, y remedio, pierde la confianza en Dios? Responde à esto el Santo Job, como tan experimentado en estos trabajos, el qual en medio de ellos muy determinadamente responde: *Que aunque Dios le mate, ha de esperar en èl*; no pudo responder mas claro para soltar nuestra duda.

Las

Las almas, pues, que estàn en este aprieto, aun para todo bien yà se dàn por muertas, mas tienen un genero de confianza viva, con una total resignacion, con que sienten bien de aquello que padecen, porque lo hace Dios, y asi el valor de esta virtud secreta las hace precipitar aun à padecer lo que no es posible, y aunque las mate Dios à penas, à desconsuelos, y à desamparos, y la parte sensible brame; pero la parte que ama, espera, venciendo à los tormentos su confianza: que no està como la noche del sentido, que todas las quejas son contra Dios:

aqui

aqui yà como mas diestros resignados, y rendidos al amor, hasta à la misma muete hacen rostro, para que en ellas execute su amado su gusto.

La pena que aqui padece el alma; toda es espiritual, y sobrenatural, pero veamos què causas tenga esta alma para afligirse tanto. Y adviertase, que hablo aqui de las que en esta pena intima no sele juntan penas eternas (como suele acontecer algunas veces) à ellas nadie las aflixe, nadie las dice palabra, y tràs eso, todos le parece que son sus enemigos, sus berdugos, y ministros de aquella justicia Divina, que ella contra si juz-

juga tan ayrada, y es la causa; que como el que es todas las cosas las purifica, y toca, todos en èl lo hacen, y asi nada tiene de consuelo, todo le es pena, que quando Dios mata, quien puede dàr vida; y quando el aflixe, quien puede consolar; y asi aqui le son de poca importancia al alma los trabajos exteriores, ni hace caso de ellos; porque como en aquel modo delicado tiene el alma todo el dolor junto, y su manantial, poco acrecentan, y menguan gotas de por acà fuera, solo las enfermedades del cuerpo son las que añaden mucho; porque un sujeto enfermo todo lo
sien-

siente mas, que como saben los experimentados, de ningun trabajo del cuerpo le cabe tanta parte à el alma, como de las enfermedades, pues como dixo la Sabiduria, la corrupcion del cuerpo agraba à el alma, pues estando èl mas pesado, y grave con la enfermedad, se le hace al alma su carga mas pesada: que aunque San Pablo dice, que quando el cuerpo enferma, està el espiritu mas fuerte, habla en diferente sentido, y ocasion, que es quando el cuerpo con la salud cobra brios, y no quiere sujetarse à la razon: mas en tiempo que solas las penas del

espiritu le tenian domado, antes aqui ha menester su ayuda, para pasarlas.

En este estado yà và de mar à mar este negocio. Dios, y fuerzas suyas es menester para llevarlo, que de otro modo serà imposible. Veamos, pues, estas almas en el estado, que las ha puesto, què consuelo, y alivio tendràn en los Padres Espirituales, por mas ladinos que sean en esta circunstancia, que Dios permite: llegaràn, pues, à ellos ahogadas, y con el agua à la garganta, porque entraron grandes avenidas por su Espiritu de aflicciones, sin poderse explicar, hechas

chas un abismo de desconsuelos, sin saber què se digan, y como se declaren: porque embotan al màs agudo discurso. Preguntale el Maestro, que es lo què tiene, ò siente. Y la respuesta es, un pasmo, un no sè què, estoy triste, ò què lastima alma afiixida! que poca respiracion tienes, todo lo que sientes que te ahoga, lo resuelves en esa breve resignacion: Y si quien te escucha no sabe por experiencia, ò ciencia hasta donde llega el fondo de tu tristeza, para informarse de ella, y sacar, como dicen, por el hilo el ovillo, què quieres que te responda, sino

que te alegres, y procures divertirte, y que alegre saldràs con esta respuesta, y quando como linze penetra tu pensamiento, con que te puede causar consuelo, supuesto, que Dios no quiere que lo tengas.

Es tan grande el trabajo, que en este estado padece el alma, viendose en lo interior con agudos dolores, causados de la gravedad de las enfermedades, que le sobrevienen, que à veces (no digo siempre, ni se dà regla, general, pues no todas las almas padecen en un grado, ni por un camino haràn su jornada) mas quando los tormentos, llegan al

vltimo trance y colmo, revosa, y vierte sensiblemente lo que no puede dando gritos furiosos, y aun à veces pensando maldiciones, aunque no llegan à pronunciarlas: porque las detienen la secreta fuerza, que en estos trabajos siente, sin sentir el Espiritu; y quando la fuerza del dolor se las haga pronunciar, nadie de esto se espante, pues es tal la grandeza de penas, que se juntan, que turban el juìcio, y es esto como un frenesì de dolor sin consentimiento de la voluntad, y digolo, porque hay algunos Padres Espirituales tan escrupulosos, y poco espertos, que todo lo temen, y al

otro

otro pobre, que està con la soga à la garganta de temores, le ponen en mas, atribuyendoselo à poca paciencia, y pecado; fueralo, si la voluntad lo consintiera; mas miren que no consiente, y veràn la pena que al paciente causa esto, y no se le causàra, si la voluntad lo abrazàra, ni hagan caso, que los mismos, que lo pasan, juzguen que lo consintieron, que mal podrà juzgar del camino un ciego, y asi quien las guia, no las ponga en tropiezos, en lugar de quitarselos, haviendose en esto como los amigos de Job, que le fueron à consolar; y fueron sus mayores berdugos.

Pero dirà alguno, valgame Dios; què es esto; tantas demostraciones en la parte sensible, que parece son de una persona desesperada, y en la superior tanta resignacion, y esto puede pasar en un sujeto! Sì, que quando el Espiritu và subiendo sobre sì, obrando como Espiritu desnudo en lo que toca à aquella parte, aunque en quanto à esta otra ha de saber à la pena. Antes una de las mas ciertas señales de que esta noche es causada por el Espiritu del Señor, para acarrear con ella los bienes, que al alma se le esperan, es sentir esta division, y varios efectos en estas dos contrarias partes. Vea-

Veamos aora si desamparos (que es la parte de las penas que entre manos tenemos) y desconsuelos, es todo uno, digo que si, aunque en este estado tan espiritualizado hacemos de ello una division, y sea la siguiente, que lo que es desamparo para la superior, sea para la inferior desconsuelo : porque mediante aquel dexamiento, y resignacion, que la superior tiene, aunque eſtà desamparada, pero no eſtà del todo desconsolada, y para que no falte eſta circunstancia de dolor, entre el sentimiento de la sensible, acompañado de dolores, y for-

me desconsuelo, con lo qual me parece queda mas declarada la duda, que tocamos arriba, de còmo se podian avenir resignacion, y sentimientos tales.

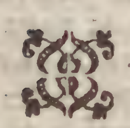
A todas estas penas sobreviene aqui otra, y no pequeña, que son los escrupulos, que el alma forma de los impetus de la parte sensible, que como la misma obscuridad, que padece, le confunde el conocimiento de que la voluntad no consiente, luego se juzga en desgracia de Dios, y aqui rematan quentas sus fatigas; y pudieran acabar con ella, si Dios no la consolara, yà, como el Santo Job, no

halla à donde esconderse del furor de su ira. Cosa admirable, è increible es, que aun con todos estos temores tiene el alma un no sè què de confianza, que la sustenta, y un no sè què de respiracion en aquello, que la suspende, como que pende de un cabello; y aun esto mismo le dà pena, que aun quando el pender de aquella poderosa mano debia consolarla, pero el considerar es cabello la cuerda que la detiene à que no caiga, la atemoriza, y dà nuevo miedo, y asi temerosa, y alterada vive, ò suspende la muerte; entre temor, y esperanza. No parece

(se-

(segun està el alma de afligida) sino que se ha echado Dios à dormir, y la ha dexado en medio de esta furiosa tempestad, sin acordarse de que la padece el alma, no porque en Dios quepa sueño, ni olvido, mas en cierta manera se lo parece asi al alma, y que como les aconteciò à los Aposteles en otra ocasion semejante, le han menester dar voces: Señor, Señor, salvanos, que perecemos: ò alma, sufre, espera, no te acongojes, adelantate con la Fè, no te responda Christo nuestro Señor lo que à los Apostoles, que estàs poco adelantada en ella. Suele

aqui Dios nuestro Señor consolar al alma en medio de estos suspiros, que pronuncia en lagrymas tiernas, con que se alienta, y desahoga algun tanto; pero otras veces aun este alivio se niega, siendo parte el no poder llorar, para unas grandes sequedades, de que hablarèmos en el siguiente Capitulo.



CAP.

CAPITULO VII.

De las sequedades, y aprietos, que padece el alma en este estado.

SON tan terribles, y espantosos los trabajos, y penas, con que Dios exercita à estas dichosas almas, que si su Magestad con su poderosa mano no las defendiera, fuera forzoso desfallecer en ellos, porque no hay generos de tormentos por donde no las haga pasar, y como dicen por fuego, y agua, para ponerlas en el refrigerio que desean

sean, y entre los demàs, es un genero de sequedades, que atormentan à el alma en su tanto, mas que todos los demàs: porque como queda dicho, en todos los grados de penas aqui referidos, quedaba un no sè què de jugo, mas aqui aquello, que aun apenas percibia, de todo punto se lo quita de la vista de la consideracion, no por que ello dexe de hacer operacion oculta, mas es lo tanto, que el alma (à su parecer) queda cierta, que està sin ella, y llamase este trabajo propiamente sequedades, pues las descarna, y saca de todo ge-

ne-

nero de alivio, y consuelo; esto es lo mas profundo de la noche, donde la pena se và embraveciendo, y à este paso el consuelo de qualquier genero que sea, faltando, que aun sombra de èl no queda, solo con dificultad clama à Dios: y digo con dificultad, porque como le pudiera ser de alivio, aun eso no le conceden, y hartas veces ni aun mirar à una Imagen; porque el mismo horror de sus trabajos la pone horror en su vista: mas en fin, sin clamar està solicitando la Divina clemencia, con aquellas palabras, que David en otra semejante ccasion dice,

que

que eſtà su alma como la tierra sin agua, porque asi como quando el fuego abrasa por el rostro la tierra, y el agua deseada se le niega, toda eſtà hecha vocas, con que sin clamar, clama, y dà voces al Cielo, manifestando su necesidad: Asi estas almas, aunque ellas actualmente no pidan remedio de su dolor, èl por sì mismo clama, y le eſtà solicitando en aquellos ojos de la Divina clemencia, obligandole con obras heroicas, que aqui pasivamente exercita, como son la Fè, la esperanza, la paciencia, la resignacion, y toda las demas virtudes: si bien ella de todas se siente po-

pobre, por que no tiene luz para conocer tan lucida compañia.

En medio de tan fuertes ansias, tienela el alma una grande, de que Dios en esta obra se dè prisa, digamoslo asi, aunque sea multiplicando sus penas, deseando, que los tormentos, que Dios les habia de dàr en quatro dias, se los dè juntos en una hora, y los de un año en un mes; y asi desean, que suelte su mano; y dicen con el Santo Job: *Ojalà soltase Dios su mano, y acabase con èl*: y aunque, segun lo que suena, alude à un genero de desesperacion, mas no lo es, sino

que el grande deseo de que Dios la saque de aquel estado, multiplicando dolores, y con prisa, habla por èl; y pareciendoles à las tales almas, que esta purga se la dà Christo nuestro Señor, Medico Divino, con sobrado espacio, y como en vaso penado, y que les mata, à modo de decir, con cuchillo de palo, todo es clamar diciendo, y pidiendo al Señor, que suelte su mano; y como desean correr por los trabajos al puerto deseado, les parece, que el mismo Dios las detiene; y asi estàn como la llama oprimida, sin subir à su esfera, y co-

como la piedra en el ayre, sin llegar à su centro.

Tiene aqui el alma unos aprietos, que no sè que otro titulo les dè, explicados, y declarados por el Santo Job, que tanto padeciò en esta materia, y es mi norte en esta obscura noche. Dice, pues, el Santo Job: *Que està su vientre* (que es su interior) *como las tinajillas nuevas llenas de mosto, y sin respiracion*: valgame Dios! Si yo no me engaño, que propio retrato es este de lo que en semejantes aprietos pasa por estas almas, porque si como encerraran mosto en una tinajilla, que no tuviese por donde el

mosto saliese, ni respirase, era fuerza, que quando hirbiese la quebrase: asi en esas almas, como el mosto del dolor ha depositado Dios en ellas, y les ha quitado toda respiracion con tan grandes trabajos, y apreturas, estàn que rebientan, y no caben en sì, prorrumpiendo à veces en los gritos, y gemidos, que arriba quedan explicados, y el cuerpo (vaso donde todo se encierra) pierde las fuerzas, y salud, y le parece à la pobre alma, que una densa nube le ha salido al encuentro, y detiene, y aun excluye su oracion, y aunque se quexa no aprovecha,

pues

pues clama, y ruega, y no es oyda. Que harà pues este Espiritu atribulado? Pregunto, puede tener mayor apretura? Es mucho, que si el mosto del dolor, que està en su pecho hierbe, que es lo mismo que crecer, con tal aprieto rebiente, pierda la salud, dè gritos, y haga demostraciones, teniendo causas tan legitimas para ello, y para aumentar su pena; no le faltaràn amigos, que como à Job le pregunten: donde està su paciencia, y les parece se quexa de vicio, y se aflige en vano, atribuyendo à falta de paciencia lo que es frenesi de dolor; exprimien-

miendola Dios de esta suerte, como razimo en el lagar: què mucho, pues, el vaso se quiebre, y brote fuera parte de su demasiada angustia, y aun si eso de clamar, y dar voces fuera siempre, le sirviera de alivio à su afliccion, y penas; pero porque ese sea mayor, la privan de èl las mas veces: en fin à tan crecidas ansias, à tan rigorosas penas, ni pudiera haber vivido, ni huviera fuerzas en el alma; pero es tal la clemencia de este Señor, que con una mano azota, y con otra dà fuerza, para que el azote se lleve, mostrando su potencia en semejantes casos, no tanto en corregir,

co-

como en dàr vida, paciencia, y animo para llevarlo.

Desearàn saber, particularmente las personas, que eſtàn en eſte estado de penas, què tanto dura eſta rigorosa noche? A' lo qual respondo con el Profeta Isaìas, quando constituyendole por guarda, le preguntaron, què quanto habia de noche? Y èl respondiò, que en amaneciendo serìa de dia, no hay otro modo con que responder: por què quien sabrà el quando, de una cosa, que pende solo de la divina voluntad, y que quando estàn las sombras mas obscuras, entonces suele hacer, que se

vean,

vean, y al alma le amanezca, no dia claro; porque eso hasta el dia de la Bienaventuranza no le habrà, mas que esta noche tempestuosa se convierta en una serena, y la obscura en una muy clara, y que deleite: aora, mientras èsta llega, y dura la tempestuosa, què mucho que pregunte, què hay de ella, y què quando se acabarà, si sus tinieblas la atormentan, sus temores la fatigan, y su tempestad la desmaya? Mas como es estado donde no se conoce alivio, ignorase el quando, y alargase en la opinion de el alma por años eternos el tiempo, para que esta duracion,

que se permite haga su purgatorio mas recio, si bien algunas veces en esta noche suspende Dios el golpe, y mitiga sus obscuros temores, y le parece al alma, que yà concluye con ella, y no es sino que Dios dà este interbalo, para que el natural no desmaye, que es como quando en las batallas se dàn treguas en la guerra, para que descanzen los Soldados, y se curen, para bolver à la pelea con mas animo, y mayor esfuerzo, que despues de este poco de refrezco, son los golpes mayores, y todo se embravece mas. Pero por no dexar la pregunta tan obscura, y confusa,

de quanto duran eſtas penas, digo: que mientras mas priesa se diere el alma à escusar culpas, mas se abreviarà esta noche: que como es fuego de purificacion, no prende sino es por la parte, que halla materia de defectos, y en acabandose la materia, cesa la pena. Es verdad, que en unas almas dura mas, y es mas recio, que en otras, aun sin aquellas causas; y es la razon, porque no à todos los quiere Dios para un mismo grado de perfeccion, y asi es el acrisolarlas mas, ò menos, ni todos tienen una misma fuerza para llevar tan grandes golpes. Ad-

Advierto aqui à las almas sobredichas, que no aparten de su memoria una noticia geneal, de lo que Christo Señor nuestro padeciò, digo general, y por junto: por que bien sè, que no es tiempo de mas; pero tambien sè, que el hacerlo, es echar el peso de la Cruz en las aguas amargas del mar, y hacerlas suave, dando fuerza à las virtudes, que en la sangre de Christo Señor nuestro solo pueden cobrala.

Todo lo que queda dicho es obra de Dios, y asi lo que à una alma le toca, es dexarse labar con humildad, paciencia,

y resignacion, y mortificar con diligencia las pasiones, no dandolas el cebo, que el apetito pide, y en lo que mas han de pòner la mira es en un vencer hormigas, que por no hacer caso de ellas, les vienen à hacer daño, pareciendoles, que nada importa, y en el camino de la perfeccion un atomo, es un gigante, como son unas palabras impertinentes, que sin sentir se salen, y como es sin sentir, el daño no se experimenta, si no es por junto en la falta del aprovechamieto, un no hablar todas las veces con tanta

ta

ta charidad, como la charidad, y circunstancias de perfeccion nos pide: tambien hace daño un algo de desabrimiento; y en qualquiera cosa por pequeña que sea, si es ordinaria, impide para lo que aqui se pretende, que es un espiritu desnudo con Dios.

LAUS DEO.

INDICE.

Cap.

SEGUNDA PARTE.

FIN

✱

SIGUE
UN BREVE TRATADO, Y COMPENDIO DE LA MORTIFICACION,

QUE CORRESPONDE A CADA VNO DE LOS TRES ESTADOS MYSTICOS,

SACADO A LUZ POR EL MISMO AUTHOR de los dos Tratados antecedentes,

Y DEDICADO CON ELLOS à San Francisco de Sales, y Santa Teresa de Jesus.

BREVE TRATADO, Y COMPENDIO DE LA MORTIFICACION.

CAPITULO PRIMERO.

QUE SEA MORTIFICACION.

EL exercicio santo de la Mortificacion, de quien los Santos han escrito tantas excelencias, que no es posible referirlas en este breve Compendio, es tan necesario para la vida espiritual, que sin

èl no puede el alma dàr un paso en el camino de la perfeccion, que propiamente consiste en la imitacion de Christo Señor Nuestro; y asi, para conseguirla, nos dà èl mismo por medio eficaz, la negacion de nosotros mismos, que, como dicen los Santos, no es otra cosa negarse, què despreciar todàs las cosas del mundo, que el hombre antes amaba, y apartar la voluntad de todas ellas. Para esto se ha de advertir, que hay en el hombre unas operaciones libres, que de su naturaleza son contrarias à la Ley de Dios, y consiguientemente malas, y cesar el hombre

de cometerlas, doliendose de ellas: se dice mortificar los pecados, y morir à ellos: y aunque hablando de la mortificacion en sentido muy ancho, qualquiera acto de virtud, con que desterramos de nosotros algun vicio, se puede llamar mortificacion; pero no es de esta de la que intento hablar aqui.

Ay, pues, en el hombre otras operaciones libres, que son conformes à la inclinacion natural; las quales de suyo no son viciosas, ni pecaminosas, como es el comer, beber, y dormir lo necesario para la vida; el tomar algunas recreaciones mo-

destas, y moderadas; el admitir regalos, consuelos, honras, alabanzas; el huir penas, dolores, afrentas, y desprecios, en casos que no son de preceptos; el abstenerse de algunas operaciones licitas, no admitiendo consuelos corporales, sino antes abrazando, y buscando cosas de pena, y dolor, y desprecio, que sin pecado pudiera huir; esto es, lo que mas propiamente llaman los Santos mortificacion; y la que es propia de los Siervos de Dios, como dice el Glorioso San Gregorio; la qual para ser perfecta, ha de ser continua: por eso dixo Job: que la vida

del

del hombre es una batalla continua. Y los que no se exercitan en esta guerra espiritual, no solo no merecen el nombre de espirituales, pero ni aun de hombres racionales; porque asi como seria cosa monstruosa traer una bestia enfrenado à un hombre, llevandolo adonde ella quisiese, asi lo es, dice San Bernardo, dexarse uno regir por sus apetitos bestiales: verdad tan cierta, que muchos Gentiles la alcanzaron solo con la luz natural, y asi se cuenta de Diogenes, que andaba en medio del dia por la plaza de Athenas con una candela encendida, y preguntandole

quê

què buscaba, respondiò: busco si à caso hallo algun hombre, y replicandole, que estaba la Plaza llena de ellos, respondiò: esos no son hombres, sino bestias, pues se rigen, y guian por sus apetitos bestiales.

De donde se colije la necesidad grande, que tenemos del exercicio santo de la Mortificacion, si no queremos imitar à las bestias en nuestras acciones. Pero se hà de advertir, que la mortificacion para ser perfecta, no ha de ser à tiempos: de manera, que quatro dias se mortifique, y otros tantos lo dexe, sino que ha de ser continua; ni

bas-

bâsta que sea à cerca de algunas cosas, aunque sean de las que hacen mas guerra à el alma; sino que es necesario que sea total, y sin dispensar en cosas leves: porque como dice la Sabiduria Divina, el que no hace caso de las cosas leves, caerà en las cosas graves: el que se descuydare de ellas, no levantarà mucho el buelo à las cosas Divinas, pues una imperfeccion habitual es bastante para impedir à el alma la libertad del espiritu, y union con Dios: porque poco importa, que el paxaro estè atado con una soga, ò con un hilo, pues al fin mientras no quiebra el hi-
lo,

lo, aunque sea mas facil de quebrar que la soga, siempre està atado, sin poder remontarse à lo alto: pero al contrario el que sin perdonar cosa alguna, varonilmente se mortifica, ese, como dice la verdad infalible Christo Señor Nuestro, se arrebata el Cielo. Y asi los Santos dàn por medio eficaz, para conseguir la perfeccion, el exercicio de la Mortificacion; porque primeramente ella es la mejor disposicion para la Oracion, y devocion, y para que Dios en ella liberalmente se comunique à el alma. Y por el contrario, la falta de la mortificacion, es causa de que

el alma estè de mala gana en la Oracion, como advierte el Serafico San Buenaventura: porque asi como quando està el agua tibia es imposible verse en ella el rostro, asi, sino està el corazon purgado, y limpio de pasiones, no podrà vèr en la Oracion el rostro à Dios, esto es, no sentirà la profundidad, y suavidad de sus mysterios: pero los que tienen limpio, y purificado el corazon de pasiones, gozan de la vista, suavidad, y dulzura de Dios, como nos enseña el Evangelista San Matheo: porque asi como en el madero bien dispuesto, ageno và del natural verdor, con facili-

dad

dad se introduce el fuego : asi en el corazon dispuesto, y mortificado, y que esta yà sin el verdor de las pasiones, y apetitos, con facilidad se introduce el fuego del Divino amor. De donde se colige, como advierte el Glorioso San Agustin, que nuestras mismas pasiones, siendo, como son, los mayores enemigos, que tenemos en la vida espiritual, nos sirven de escalas (si las mortificamos) para subir al Cielo, y adornarnos en esta vida de todas las virtudes: si bien no ha de ser este el fin, aunque es bueno, para exercitar la mortificacion; sino es sola-

mente

mente la imitacion de Christo Señor Nuestro, que con palabras, y exemplos nos lo enseña en el discurso de su vida santisima, en que cumplimos altisimamente la voluntad Divina de su Eterno Padre, que para enseñarnos à hacerla, nos embiò su Hijo del Cielo à la tierra.

Con eſte exercicio sana el hombre la corrupcion de la naturaleza, causada por el pecado, librase de las penas, que por sus culpas merecia, alcanza victoria de las tentaciones, adquiere la paz verdadera de el alma, alcanza pureza, y luz para contemplar las cosas divinas, efica-

eficacia para impetrar de Dios dones espirtuales, y temporales, dà buen exemplo al proximo, y edifica à las almas, animando con esto à los pusilanimes à su imitacion: y finalmente es origen, y fuente de quien se deriban, y naeen todos los bienes, que en esta vida se pueden desear. De donde se colije la excelencia de la mortificacion, y necesidad que de ella tenemos, si deseamos aprovechar: y aunque es verdad, que como queda dicho, no ha de ser solamente à cerca de algunas cosas particulares, sino que en todo hemos de procurar mortifi-

carnos, como lo hicieron los Santos; pero con particular advertencia hemos de hacer guerra à aquella pasion en que mas de ordinario tropezamos, y que mas de estorvo nos es para el espiritual aprovechamiento, al qual llaman los Santos vicio rey, porque predomina à los otros, y entre todos ellos sobresale, si bien de tal manera hemos de procurar vencerle, que no nos olvidemos de los demàs, y para mejor conseguirla, serà bien descender à tratar de cada una en particular, para lo qual dividirèmos la mortificacion en dos miembros, ò partes: en la

una tratarèmos de la mortificacion exterior, que es propia de principiantes. En la segunda de la interior, propia de aprovechados, y perfectos; si bien estos de tal suerte se exercitan en ella, que no se olvidan de la primera.

CAPITULO II.

DE LA MORTIFICACION EXTERIOR, y como se hà de haber el espiritual en ella.

MOrtificacion exterior, segun todos los Santos, y Maestros espirituales enseñan, es aquella, que principalmente mi-

mira, y atiende à componer las acciones tocantes à los sentidos exteriores, negandose, y privandose el hombre de vèr, oìr, gustar, oler, tocar, palpar, no solo lo que de suyo es malo, ò induce à ello, sino tambien de lo licito, y honesto, y que por ningun precepto le es prohibido, lo qual, para que mejor se conozca, dirèmos de cada sentido en particular, aunque breve, y compendiosamete.

***

DE LA MORTIFICACION de la vista.

AUnque todos los sentidos exteriores son, como dice S. Gregorio, unas ventanas por donde la muerte entra à apoderarse de el alma, con todo eso parece que con mas propiedad podemos aplicar esto à los ojos, pues por solo un descuydo, y mirar de ellos, suele muchas veces subitamente hallarse el alma presa, y cautiva del Demonio, y despojada de la vestidura de hija de Dios: verdad tan cierta, quanto à nuestra costa

ta experimentada, y si no veamos, quièn derribò la fuerza de Sanson? Quièn la santidad de David? Quièn à nuestra Madre la privò de la candidez de la innocencia? Quièn si no una vista de ojos, como tiernamente clama el Doctor Ricardo de Sancto Victor: pues quièn se atreverà à asegurar de enemigo tan fuerte, y de quien tantos daños se originan? De donde se colije, que la primera empresa del espiritual ha de ser hacer guerra à este enemigo, negandole, no solo lo ilicito, sino tambien lo licito.

Debe, pues, primeramente el espiritual abstenerse de toda

vista de mugeres, y lo mismo la muger respecto del hombre, asi porque, como dice San Geronymo, no se debe mirar lo que no es licito desear, como porque de la vista està cerca la concupiscencia, y de èsta el consentimiento, y de èste la perdicion de el alma, y quando no haya peligro de consentimiento, por lo menos, lo hay siempre de tentaciones, y memorias necias, causadas de las especies que quedan impresas, que por lo menos ensucian el alma, y le son no de pequeño estorvo para la Oracion, y asi si no es que la obediencia, necesidad,

ò charidad lo pida, siempre el espirirual se ha de abstener de semejantes vistas, y quando por las razones dichas sean forzosas, lo que ha de hacer, es, no mirar la cara, ni con sobrada advertencia el adorno, y gala exterior, ni advertir el donayre, brio, y compostura, sino quiere experimentar graves daños, y peligros.

Lo segundo, debe abstenerse de vèr Comedias, bayles profanos, y cosas semejantes, sino es que la obediencia, ò nota grande de particularidad le obligue, y en tal caso no advierta à los conceptos, ò por mejor

de-

decir, necedades, que dicen, ni otras vanidades; sino procurar estàr alli precisamente con el cuerpo, y con los ojos del alma atento à Dios interiormente, à quien consigo tiene.

Lo tercero, no lea libros ociosos, impuros, y profanos, que solo son incentivo de curiosidades vanas, y de vanidades escusadas.

Lo quarto, no mire retratos, ni pinturas profanas: y en fin, qualquiera cosa que mas sirve de alimentar el gusto con curiosidad, y hermosura, que de inflamar el corazon en amor Divino, procure evitar.

Lo

Lo quinto, no mire el rostro à nadie con quien habla, aunque sea su padre, ò hermano, que es muestra de liviandad, y ageno de hombre espiritual.

Lo sexto, si entrare en casa agena, no ande registrando con la vista lo que hay en ella, porque es vana curiosidad.

Lo septimo, quando se pasea solo, ò acompañado, aora dentro de casa, ò fuera de ella, no se buelva con advertencia à mirar à los que vienen detràs, ò los que por junto à èl pasan, que arguye liviandad, y desdice de la modestia, y compostura espiritual: y quando và por la

ca-

calle no mire à uno, ò à otro lado, sino lleve sus ojos baxos, porque despues las especies de estas cosas no le diviertan en la Oracion.

Lo octavo, quando come acompañado, ò en comunidad, no mire de una mesa à otra, que es cosa disoluta, ni al plato ageno, que es muestra de golosina, y de vana curiosidad: finalmente solo vea, y mire aquellas cosas que son necesarias, y utiles à el alma, y que exercitan en ella desprecio de las cosas visibles, y ansia de las celestiales, y asi seràn sus ojos instrumentos de virtud, y ventanas por don-

donde entra la luz divina, y no la vanidad, segun aquello, que Christo Señor Nuestro dixo: *Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus tuum lucidum erit.*

DE LA MORTIFICACION del oìdo.

BIen claramente nos significa la caida de nuestro primer Padre los peligros grandes, que trae consigo no cerrar las puertas del oido, pues el pecado de Eva procediò del poco recato de la vista, mas el de Adàn, de escuchar, y oìr las palabras de Eva, que si el cerràra los oì-

dos à sus persuaciones, ni cayera del feliz estado en que Dios le tenia puesto, ni nosotros fueramos tributarios de su culpa, y asi nos advierte el Eclesiastico, que yà no es solo necesario cerrar los oìdos con puertas, sino cerrarlos con espinas, sino querèmos experimentar los daños, que de no hacerlo asi nos provienen, y asi para escusarlos, advierta el espiritual lo siguiente.

Primeramente huya el espiritual de oìr palabras menos castas, ò que en sì tengan la mas minima falta de honestidad, porque si palabras tales, aun los seglares no las oyen, si son

cuerdos, aunque no traten de espiritu, quànto menos debe oirlas quien trata de perfeccion?

Lo segundo, no oiga versos de amores profanos, ni musicas seglares, aunque sean por divertimiento, que recreando el oido, derrama el corazon, apartandole de la severidad religiosa, hacense indignos de oir las inspiraciones Divinas, como lo advierte el divino Chrysostomo.

Lo tercero, abstenganse de oir palabras de cosas vanas, y superfluas, mentiras, cuentos, fabulas, y otras cosas, que solo sirven de excitar à risa vana, pues

pues no debe el espiritual abnegarse menos en oirlas, que en decirlas: demàs, que asi como el decirlas arguye liviandad de animo, el oirlas arguye distraccion de la mente, y poco recogimiento interior: no quiera oir novedades, ni sucesos del mundo, pues no es cosa que pertenece à su estado, y es indicio de corazon inquieto.

Lo quarto, por ningun respecto humano oiga murmuraciones de su proximo, aunque sean defectos muy pequeños, porque demàs de ser falta de charidad, incurre en la misma pena que el que murmura, si pudien-

diendolo estorvar,no lo estorva: y asi deben corregir con prudencia al que murmura, y si por la calidad de el que murmura, ò por su autoridad, no se atreve à corregirle, por lo menos procure introducir otra conversacion, y si esto no es posible, muestre el semblante grave, y triste, para que esso le sirva de reprehension al que murmura, y si no bastàre, buelva las espaldas, y vayase de la conversacion.

Lo quinto, quando oiga que le alaban,y ensalzan sus acciones, resista, y con humildad deseche toda alabanza, y huya de quien

le alaba, y lisonjea, que la lisonja es saeta aguda, que traspasa el corazon, y le llena de vanagloria, y asi no dè lugar à lisonjeros engañadores, sino reprehendalos, quando no pueda con palabras, por lo menos con grave, y sereno semblante.

Lo sexto, quando otros estàn hablando en secreto, no llegue à ellos, sino le llaman, ni se ponga à escuchar lo que dicen; pues no solo es vana curiosidad, indigna de quien trata de espiritu, sino tambien de poco aprovechamiento, que quien tiene apetito de saber cosas agenas, de ordinario consigo mis-

mismo se descuyda, y està falto de propio conocimiento. Finalmente, no oiga cosa à que no sea movido, ò por necesidad, ò por virtud, ò por charidad; y advierta, que las orejas son unos arcaduces, que solo han de servir para que por ellas vayan à el alma el agua christalina de la doctrina celestial, y asi todo lo que no ayudare à esto, no lo oiga, ni lo atienda, si quiere aprovechar en el camino espiritual.

***

DE

DE LA MORTIFICACION del Olfato.

POcos son los defectos que en orden à este sentido cometen los varones espirituales, y asi necesitan de pocos documentos. Entre los quales, sea el primero, no traer consigo olores, porque el buen olor de el cuerpo es indicio del mal olor de el alma, pues de ordinario traen olores solamente los que estàn engolfados en las vanidades de el mundo, y asi aquella Santa pecadora, al principio de su conversion, arrojò los olores à los pies de

de Christo Señor Nuestro, para que los pisase su Magestad, dando con esto muestra de que yà ella los renunciaba, y desterraba de sì.

Lo segundo, si traxere consigo cosa de devocion, no la traiga (con socolor de mayor decencia) con olores de ambar, y otros semejantes, dando titulo de mayor veneracion à lo que es falta de mortificacion; que el venerar los Santos con perfeccion, consiste en el afecto tierno de corazon, y en la verdadera imitacion de sus virtudes.

Lo tercero, no tenga olores

en el aposento donde habita, si no es que la salud lo pida, que la celda es lugar de oracion, y de lagrymas, y compuncion, no de olores, ni sahumerios, que regalen, y ocasionen distraccion. La celda es camino del Cielo, y no leemos que este camino estè sembrado de flores, y rosas, ni sahumado de olores, sino antes lleno de tribulaciones, espinas, y trabajos, como la Escriptura, y los Santos à cada paso enseñan.

Ultimamente, quando entrando en alguna Iglesia percibiere muchos olores, como ordinariamente se acostumbra en las

fes-

festividades, en que son santissimamente empleados, no advierta tanto à la suavidad del olor sensible, quanto al celestial olor de aquel Divino Señor, que es sobre todos los olores, ocupando toda la atencion de el alma en su contemplacion, diciendo con la Esposa de los Cantares: En el suave olor de tus unguentos (esto es de tus virtudes, y excelencias) corremos imitandolas con fervoroso afecto.

§

DE LA MORTIFICACON del gusto.

El sentido, que mas necesita de mortificacion, es el del gusto, para escusar muchos pecados, que de èl se originan, y para conservar la virtud, y crecer en ella: porque esta es la primera batalla de los que comienzan à servir à Dios, y si de este apetito no sale el hombre vencedor, no vencerà las demàs batallas de los vicios, porque no tendrà luz para conocer las tentaciones de ellos, ni fuerza eficaz para vencerlos, y principalmente

te carecerà siempre de las verdaderas virtudes, de la castidad, y pureza de corazon, como enseña San Basilo.

Pues lo que ha de hacer el siervo de Dios para mortificar este sentido, enemigo capital del alma, es antes de comenzar à comer, levantar el corazon à Dios, y pedirle con fervoroso afecto gracia, y favor para comer, no para satisfacer la hambre, ni por el gusto, y deleytes, que por el manjar resulta al apetito, sino solo por cumplir la voluntad Divina, que asi lo ha ordenado, y para satisfacer la necesidad corporal, para

que asi pueda mejor servirle en exercicios de Oracion, y demàs virtudes.

Lo segundo, si hecha esta diligencia, y llegado al manjar con este buen fin, se despertase despues el apetito con el gusto del manjar, procure no llevarse, digo, no dexarse llevar del deleyte, sino vaya siempre señor de sì, reprimiendo con la consideracion el apetito desordenado del deleyte, que se atraviesa, enderezando siempre la intencion à el fin sobredicho; y porque el sentir el gusto del manjar, no se puede huir, procure entonces poner las fuerzas interio-

teriores del alma en Dios con suavidad, sin advertir al deleyte del manjar, y quanto es de su parte debe, si fuera posible, desear que el manjar careciese de todo gusto, y sabor, y el que siente, yà que no le puede escusar, recibalo por Cruz, que Dios le dà.

Lo tercero, no busque, ni apetesca manjares delicados, extraordinarios, preciosos, ni muy sabrosos, sino comunes, llanos, y simplemente aderezados, que basten para sustentar la vida, estando sano; que en la enfermedad no se entiende esto: pues solamente se ha de tomar, quando

la salud no lo necesita, parà la vida, y no lo superfluo, que es incentivo del deleyte.

Lo quarto, de los manjares que le pusieren, tomarà aquellos que sean menos sabrosos, y à que menos se inclina la sensualidad; y aun de estos de tal manera ha de comer, que no satisfaga del todo à la gana, pues aunque sea de manjares ordinarios, y viles, es desorden, y vicio de la gula, pues excede de la templanza, sino levantarse siempre de la mesa con alguna hambre: porque dificultoso es, como dice nuestro Padre San Francisco, satisfacer à la necesidad;

dad; verdad es, que no se puede dàr à todos una misma medida en la cantidad del manjar, porque lo que para uno es poco, para otro es sobrado, y al contrario, lo que para uno es mucho, à otro no le basta; y asi la regla sea, que cada uno coma aquella cantidad que basta para conservar la vida, y las fuerzas necesarias para servir à Dios, segun su estado, y ministerio.

Lo quinto, aunque tenga mucha hambre, y necesidad de comer, no se dexe llevar de ella con mucha ansia, y con impetu, y demasiada prisa, y con otros movimientos desordenados del cuer-

cuerpo; sino reprimir con el imperio de la razon este desorden, y coma despacio, con serenidad, y quietud; valiendose para esto de alguna santa consideracion, con la qual interiormente estè el alma ocupada, y si està en comunidad atienda con pia afeccion à lo que se lee.

Lo sexto, y este es medio admirable para mortificar el apetito, es dexar siempre un bocado siquiera por el amor de Dios, pero este sea el mejor, y al que mas se inclina el apetito, y desele à Christo Señor nuestro en los pobres, y esta es la verdadera mortificacion, que no con-

siste su perfeccion en abstenerse de todo el manjar, sino en negar al apetito el bocado que mas le solicita el gusto, y quanto esta abstinencia es mas encubierta à los ojos de los hombres (digo de los circunstantes, que por ser de poca cantidad no la advierten, ni reparan) tanto es mejor, y mas segura, para el que la exercita, que se libra del peligro de la vanagloria, y juntamente se exercita en la humildad.

Lo septimo, le ayudarà mucho para facilitar la mortificacion del gusto, considerar antes de sentarse à comer, la falta de comida, que otros muchos tienen,

sien-

siendo mejores que èl, y quantos por estàr cautivos, ò por pobreza, desean un pedazo de pan, y no lo hallan, y con esta consideracion qualquiera cosa, que le pongan delante, le parecerà mucho, y la razon le ayudarà à mortificar el apetito.

Lo octavo, muchas cosas de las que hemos dicho à cerca de la comida, se pueden aplicar à la bebida, y principalmente debe escusar el espiritual bebidas muy delicadas, y regaladas, y frias; porque quando no hay enfermedad, comunmente no se busca, sino por el gusto, y sabor, y satisfacer al apetito, de-

donde viene el beber mas de lo que pide la necesidad. Debe pues el siervo de Dios no beber mas de lo que pide la necesidad, y aun de esto quitar un poco, à exemplo de Christo Señor Nuestro, que en su Pasion Santisima padeciò sed, y no la satisfizo, y nuestro Padre San Francisco decia, que nunca satisfizo la sed, aunque fuese de agua, por imitar à Christo Señor Nuestro.

Lo nono, fuera de las horas ordinarias de comer, y cenar, aunque sienta sed, que las mas veces es falsa, y aun quando sea verdadera, procure reprimirla, y ofrescala en sacrificio à Christo Señor Nuestro.

Lo decimo, abstengase del todo del vino, si le puede escusar sin daño de salud, y sin detrimiento de las fuerzas necesarias para su oficio; pero si la necesidad lo pide, bebalo templado con agua, y tan templado, que como amonesta San Vicente Ferrer, haya perdido la fortaleza de vino, principalmente los mancebos, y mugeres de mediana edad, en los quales, como advierte San Geronymo, hay mas peligro, por tener las pasiones mas vivas, y las fuerzas mas enteras; y el beber vino, sin la templanza dicha yà, es añadir un fuego à otro fuego.

Final-

Finalmente no tenga conversacion con nadie, en que trate de comidas, y bebidas, ni jamàs se quexe si la comida fuere en poca, ò en mucha cantidad, si està bien, ò mal guisada, si el vino es bueno, ò malo, ò si la bebida estaba fria, ò caliente, que demàs de ser propio de muchachos golosos, è indigno de hombres espirituales, es indicio de sensualidad, y poca mortificacion, y causa mal exemplo, y desobliga à Nuestro Señor, para que le comunique la suavidad, y dulzura de sus Divinos dones, los quales, ni dà, ni comunica, como dice el Profeta Isaias, sino

à los destetados de la leche, y regalos del mundo, y à los que por su amor se privan, y olvidan de ellos.

DE LA MOTIFICACION del tacto.

PRimeramente (dexando à parte los vicios graves, y manifiestos de todo genero de luxuria, y cosas torpes, que han de estàr tan lejos del espiritual, como si fueran imposibles) debe el siervo de Dios escusar vestidos blandos, y delicados, que con el tacto le causen deleyte, ysando solamente de los que bastan

tan para cubrir honestamente la desnudez, y para defenderle de las inclemencias, è injurias de los tiempos; pero sea esto segun el estado, calidad, y fuerzas de cada uno.

El sentido de el tacto, como mas proximo à el apetito sensitivo, es seminario de todos los deleytes sensuales, y asi es necesario mortificar los desordenes, y abusos que à cerca de èl puede haber, como aconseja San Basilio.

Lo segundo, ha de quitar del lecho toda la blandura, y regalo, que se puede escusar, atendiendo siempre al estado, calidad,

complexion, y fuerzas de cada uno; porque el regalo, y ocio del lecho, es fomento, y es causa de muchos vicios.

Lo tercero, ha de procurar quanto sea posible, no dormir con compañia, que esto, de quantos males aya sido causa, la experiencia lo enseña cada dia.

Lo quarto, pudiendo, use de algun silicio à tiempos, y de algunas disciplinas, que sujetan grandemente à este enemigo.

Lo quinto, no toque sin justa causa à otros en las manos, rostro, ò cabeza, aunque sean criaturas, ni alague à otros animales, que con la blandura de sus

ca-

cabellos suelen, no pocas veces, causar deleytes sensuales.

Lo sexto, huya de tocar su propia carne, aunque sea en las partes mas honestas, y no se detenga con advertencia, quando por necesidad llegue à ellas, ni aun mirarse al espejo, siendo posible, y quando la necesidad lo pida, no advierta demasiadamente en sì mismo, que es causa de mil complacencias vanas.

Lo septimo, si por benevolencia, ò por otro respecto caritativo, se ofreciere haber de abrazar à alguna muger, ù otra persona (que no quiera Dios que suceda) aparte el rostro con

circunspeccion, y modestia: y no se descuyde de estos avisos, si no quiere tropezar en muchos desordenes, como enseña cada dia la experiencia: y para esto tome por exemplo à aquel Santo Monje, que ofreciendose en una ocasion haber de pasar à su Madre de la otra parte de un rio, para ponerla sobre sus espaldas, siendo necesario asirla de las manos, cubriò primero las suyas con el manto, ò capa, y preguntandole la vieja, porque hacia diligencia, al parecer tan estraña, y demasiada? Respondiò el Santo Monje: porque aunque eres Madre, y anciana, si te toco
las

las manos me pongo en peligro de que el Demonio me represente otras mugeres, cuya representacion manche la pureza del corazon, y del alma, que debe tener el siervo de Dios.

DE LA MORTIFICACION de la lengua.

DE los daños grandes que de la lengua poco mortificada resultan, eſtà llena la Sagrada Escritura, y han escrito tanto los Santos, que nos enseña claramente la necesidad, que tenemos de publicar guerra continua

nua à sangre, y fuego contra un enemigo tan cruel, y pernicioso, pues con ser uno de los mas pequeños miembros del cuerpo, los inficiona à todos, y destruye la fortaleza de el alma, por cuya causa el Apostol Santiago la llamò mundo de maldad, y fuego consumidor, un mar inquieto, y lleno de mortal veneno, un enemigo perverso, sin que ningun hombre mortal, sin particulares auxilios Divinos, la pueda sujetar: y finalmente, fuente de ponzoña, que mata los cuerpos, y las almas, pues como dice el Eclesiastico, mas son los que por el uso malo de la

lengua se han condenado à muerte eterna, que los que en las guerras, y pendencias han muerto à manos de las armas, y golpe de lanza; de donde se conoce la necesidad que tenemos de armarnos fuerte, y diligentemente contra tan fuerte enemigo, si no querèmos experimentar sus rigores, y venir à ser despojos lamentables de su crueldad engañosa; para lo qual debe el espiritual advertir lo siguiente.

Primeramente, dexando à parte aquellas cosas, que principalmente son pecados mortales, como juramentos con mentiras, testimonios falsos en cosas graves,

ves, murmuraciones de culpas que infamen, y otras cosas semejantes: Debe el siervo de Dios poner gran cuydado de no murmurar de culpas, y faltas livianas de su proximo, porque de mas de ser vicio ageno de quien trata de hacer la voluntad de Dios, le hace injuria al proximo disminuyendo su credito, se entibia la caridad, y le dispone el alma, para que la pierda del todo, y por lo menos es pecado venial, que no quedarà sin castigo, yà en esta, ò yà en la otra vida, como lo advierte la Sabiduria Divina.

Lo segundo, guardese de todas

das maneras de decir à otro: fulano dixo esto de vos, y cosas semejantes, aunque no sean de las que piden secreto, porque decirle à otro lo que contra èl dixo un tercero, no sirve, sino de entristecerle, y sembrar discordia, y de infamar al proximo; y asi dice el Eclesistico, oiste alguna palabra contra tu proximo, muerase en tì, no la digas à nadie, no temas, que porque se te quede en el corazon te lo despedace.

Lo tercero, las cosas que piden secreto, ò porque debaxo de èl te las han dicho, ò porque ellas son tales, que trae el decir-

cirlas inconveniente, no las digas jamàs, principalmente à quien no le toca el reprehenderlas, ni tiene dominio para preguntarlas, porque es vicio que muy de veras se debe mortificar, cubriendo con el Santo silencio toda cosa digna de secreto.

Lo quarto, huya toda mentira, aunque sea por librar à uno de muerte, y por salvarse à sì de algun daño grave, ni aunque sea por salvar un alma, lo uno, porque es cosa cierta, que qualquiera mentira es pecado venial à lo menos, y de los mas graves, lo otro, porque mas debe

un alma huir la ofensa de Dios, qualquiera que sea, que no el daño de todo el mundo; y asi por un bien tan grande como es la vida de un inocente, y el alma de una criatura, no se ha de mentir: bien se colige, que no serà licito mentir por dàr gusto à otros, ò por dàr à alguno enojo, ò por no padecer alguna confusion, ò por decir alguna gracia, ò por salir con la suya, pues al fin, aunque de estas cosas no resulte daño ageno, siempre se comete pecado venial, y se hace uno sequaz de Satanàs, è incitador, y padre de mentiras: bien es verdad, que à veces

en algunas cosas puede uno res-
ponder con palabras equivocas,
que tengan dos sentidos, de suer-
te, que las entienda el que las di-
ce en uno, y el que las pregunta
en otro; pero esto sino es en caso
que lo pida la caridad, no deben
usarlo los siervos de Dios, sino
de sencillez, y pureza.

Lo quinto, en ninguna manera,
contienda, ni porfie, y si la cosa,
sobre que se ofreciere porfiar
no es clara, y evidente, sino
que està en opinion, aunque à
su juicio le parezca cierta, y ver-
dadera, no la afirme pertinaz-
mente, sino dè su parecer con
humildad, y sino fuere admitido

calle,

calle, y no porfie mas: y aunque la cosa sea verdadera, sino se quieren persuadir à ella, calle, y disimule, sino es que sea sobre materia necesaria para la salvacion, ò para evitar algun grande error, ò pecado; porque escusando la porfia, se escusan muchos enojos, y palabras apasionadas, y se conserba la union, y paz con el proximo.

Lo sexto, quando refiere alguna cosa, ni la exagere, ni vitupere demasiado, sino d'gala con pureza, y sencillez, y escusarà muchos excesos, y mentiras, y por esto dicen los Santos,

tos,

tos, que es mas facil cosa el ca-llar, que hablar sin exceder, ò yà por carta de menos, aunque de ordinario es por carta de mas.

Lo septimo, huir de hablar palabras ociosas, vanas, y de chocarrerìa, asi por culpa venial, (la qual no se ha de cometer por quanto hay en el mundo) como por daño grave que hacen las palabras ociosas, à la paz, y devocion de el alma, dexandola tibia, distraida, y sin aliento para las cosas de Dios, y si quieres saber qual sea palabra ociosa, oye à San Gregorio, que dice: Palabra ociosa es aquella, que

ca-

carece de justa nececidad, ò de piadoso provecho, y San Basilio dice asi: Palabras ociosas son aquellas, que no tienen proveho alguno, porque ni sirven para uso bueno del servicio de Dios, ni para edificar, ni cuydar de las almas. Y echando el contrapunto San Geronymo, dice asi: Palabra ociosa es aquella, que se dixo sin provecho del que la dice, ò de el que la oye, como quando contamos fabulas, y cosas de ningun momento; quando se dicen palabras de chocarreria, y truaneria, ò se dicen con riza disoluta, ò palabras que suenen à alguna cosa

sa torpe, entonces el que las dice no serà castigado como de palabra ociosa, sino como de palabra de mayor culpa: todo esto es de San Geronymo: si bien es verdad, que por consolar à un enfermo, ò por consolar à un triste, le dixese uno, movido de caridad, una fabula, ò una palabra de riza, gracia, ò donaire, no seria mala, ni ociosa, porque yà tiene fin honesto.

Lo octavo, escuse toda risa vana, procurando quando se rie, que no sea con demasìa, ò à carcajadas, sino con tal modestia, y compostura, que edifique mas su riza, que las lagrymas de otros.

Lo nono, no diga à nadie palabras picantes, aunque sea por modo de recrèo, que si las palabras de gracia, y donaire en la boca de el Religioso las reputa San Bernardo por blasfemia, què seràn las picantes sino sacrilegios.

Lo decimo, huya de las ocasiones, de compañias, de tiempos, y lugares, donde conoce que suele mas resvalar en palabras, principalmente quando està enojado, ò vanamente alegre, ò despues de haber comido, ò cenado: que en tales ocasiones es muy dificultoso el irse à la mano, y muy peligroso el no

huir el cuerpo, pues dice la eterna Sabiduria, que la vida, y la muerte estàn en manos de la lengua.

Lo undecimo, quando por causa justa sea necesario hablar, no sea inconsideradamente, sino previniendo primero interiormente las palabras, la disposicion, el modo, que por eso dixo San Agustin, las palabras primero han de ir à la lima, que à la lengua: y San Bernardo aconseja, que antes que lleguen à la lengua, pasen dos veces por la lima de la razon. Y San Vicente dice, que tanta dificultad haviamos de tener en hablar,

blar, como tiene el avariento en abrir la bolsa para pagar.

Lo duodecimo, conviene mucho para conseguir lo dicho; acostumbrarse mucho al silencio, pues el que no refrena su lengua, no tiene de Religioso mas que el Abito, como dice Santiago Apostol, y es imposible, segun San Geronymo, ser una persona de Oracion, y de trato con Dios, siendo parlero, ni ser contemplativo, no siendo quieto, y callado, y por eso San Juan Climaco dixo del silencio, que es madre de la devocion, escuela de las virtudes, oficina de Santos pensamientos,

fuente de los amores castos, antidoto contra los vicios, destierro general de todas las aficiones humanas, y mundanas, guarda de la castidad, y reformacion de los Monasterios, y asi como en la mano del Relox (que es lo que solo se vè) se descubre el orden, y concierto de las ruedas interiores, que no se vèn, asi tambien en los Conventos por las platicas, por el orden, y concierto de ellas (que es lo que solamente se vè) se descubre el orden, y concierto interior, con que anda lo demas de la obediencia regular, que no se vè.

Lo

Lo decimo tercio, al silencio, y soledad del cuerpo ha de procurar que acompañe el silencio, y soledad de el alma, no dando lugar à peregrinos pensamientos, sino solo admita aquellos que le llevan à Dios; porque poco aprovecha, dice San Gregorio, la soledad del cuerpo, sino hay recogimiento en el corazon; y Seneca con sola la luz natural, dixo: Poco importa que la lengua estè en calma, si los afectos de el alma estàn en brama.

Ultimamente, considere quando và à hablar, que Dios està presente à sus razones, los Ange-

geles las escuchan, y los Demonios las notan, y si delante de una persona cuerda no se atrevieran à hablar palabras que no lo fueran, quanto mas se debe recatar delante de Dios, y de los Angeles: y lo dicho baste en quanto à la mortificacion; pues en este breve Compendio no es posible decir lo menos de lo que los Santos han dexado escrito de esta materia: si bien guardando el espiritual los documentos aqui puestos, seguramente puede prometerse copiosos frutos para su alma. La qual exercitada, como puede, y pide la discrecion en la mortifica-

cacion de los sentidos exteriores, se dispone admirablemente, para que Dios liberalmente le comunique sus dones, y principalmente resolucion eficaz, y luz Divina para el exercicio de la Oracion, mortificacion interior, en que consiste la perfeccion Christiana, de la qual dirèmos en el siguiente Capitulo.

* *
**
**
**
* *

CAP.

CAPITULO III.

DE LA MORTIFICACION interior.

DEspues de haber tratado de la mortificacion exterior, como cosa mas facil, y propia de principiantes, yà que se ha dicho en què consiste, y còmo se ha de haber el espiritual en ella, resta decir de la mortificacion interior, tanto mas excelente que la exterior, quanto và de lo corporeo, y material, à lo incorporeo, y espiritual, de el alma al cuerpo, pues

asi como ella es la que perfecciona, y dà vida à sus acciones, asi la mortificacion interior es la que vivifica, y dà vida à la exterior, y asi como el cuerpo sin alma no goza de vida, ni es de provecho, asi la exterior mortificacion sin la interior es vana, y de ningun provecho, antes es ocasion de presuncion, y soberbia; pero la interior mortificacion es en la que consiste la perfeccion; porque aunque èsta esencialmente consista en la caridad, y union con Dios; pero quanto mas tuviere de negacion, y desnudez interior, tanto mas habrà de caridad, y amor de Dios.

Mor-

Mortificacion interior no es otra cosa, segun San Agustin, que regir, y gobernar los movimientos interiores de nuestro apetito, peleando continuamente contra los vicios, y malas inclinaciones: vivir sin propia voluntad, y quebrantar el propio juicio, venciendo la ira, reprimiendo la impaciencia, y refrenando todos sus movimientos, y al fin destruir la estimativa, hollando las honras, alabanzas, y estimacion, y abrazando con gusto el propio desprecio, y con ser esta mortificacion muy mas facil que las penitencias exteriores, con todo

esto,

esto, como advierte San Buenaventura, se puede uno mas justamente escusar de las penitencias exteriores, que de la mortificacion interior: porque para aquellas puede uno decir, que le faltan las fuerzas, pues no se puede negar se requieren para silicios, y disciplinas, y otros rigores semejantes, de los quales dixo San Pablo, que eran de poco, ò ningun provecho, sin la desnudez interior; pero nadie puede decir, que no tiene fuerzas para ser humilde, paciente, obediente, sufrido, despreciado, y asi de lo demas: con que quedà asentado, que no puede el espiritual,

si lo ha de ser, escusarse del exercicio interior, en el qual se ha de mortificar en lo siguiente.

DE LA MORTIFICACION de el Amor propio.

DE dos maneras puede un hombre amarse à sì mismo, la primera amandose ordenadamente, y con buen fin, que es la gloria de Dios, ò con otro fin honesto, que de su naturaleza se ordene à Dios, y asi quiere para sì la Bienaventuranza, y todo lo demàs, que para conseguir este fin puede ayudarle, y este no es amor propio, porque

que aunque el hombre ame su provecho, no tiene por fin principalisimo sino es à Dios, y asi no es amor propio, sino comun à sì, y à Dios, y amor de verdadera caridad.

Ay otro amor, con que el hombre desordenadamente se ama à sì mismo, el qual se llama amor propio, porque amando el hombre su provecho, el fin principal con que lo ama es el mismo hombre, y no Dios, y con este fin desea, y quiere asi las cosas espirituales, como las temporales, no teniendo otro fin, sino su interès, comodidad, y gusto: y este es el que lla-

llaman los Santos comunmente amor propio, y el que es peste de el alma, y origen de todos los males, y pecados, y de quien grandemente se lamenta San Pablo escribiendo à su Discipulo Timoteo. Y dexando por aora los pecados graves de quien es causa, como son robos, homicidios, adulterios, &c. que el mismo Apostol refiere, solamente tratarèmos aqui de otros efectos viciosos que de èl nacen, que son el principal estorvo de la vida espiritual, dando noticia de ellos, y còmo se han de mortificar.

Primeramente, de este amor pro-

propio nace la propia estimacion, y afecto vicioso, con que uno se agrada mucho de sì mismo, y de las cosas que hace, y esto se debe mortificar con la consideracion de su propia vileza, que de suyo no tiene cosa alguna que sea buena, ni fuerzas para cosa de virtud. Y asi, si acaso vè en sì algo que merezca nombre de bueno, ò yà sea en lo temporal, ò yà en lo espiritual, debe atribuirlo à Dios, cuyo es todo, y conocerse à sì solo por vilisimo, y que para ninguna cosa tiene fuerza, ni poder, sino es solamente para el pecar.

Lo segundo, nace de ese propio

pio amor: un desordenado afecto de ser querido, y estimado de todos, y debe el espiritual, valiendose de la consideracion dicha, desear ser despreciado, y aborrecido de todos, reconociendose por indigno de toda alabanza.

Lo tercero, de aqui nace el avergonzarse de las faltas naturales, como son fealdad, falta de miembros, vestido vil, linaje humilde, oficio baxo, para cuyo remedio ha de procurar el siervo de Dios, quando se ofreciere ocasion oportuna, descubrir los defectos naturales de que se avergüenza, y decir de buena gana

las

las faltas, en que por ignorancia, ò descuìdo ha caìdo, si de que se sepan no se sigue daño alguno del alma, ni escandalo, sino es solamente confusion, y verguenza suya.

Lo quarto, este desordenado amor es causa de que uno encubra sus faltas por no ser tenido en menos, y querer parecer delante de los hombres mejor de lo que es delante de Dios, y para eso conviene, no solo descubrir sus faltas, como queda dicho, sino tambien quando se las notaren, y reprehendieren, ò alguna cosa bien hecha se la interpretaren, y attribuyeren à mal,

gozarse interiormente de ser reprehendido, y quando para esto no tenga virtud, por lo menos calle, y no se escuse.

Lo quinto, nace de este amor propio, que en las obras que vè, ò que sabe que han de vèr los hombres, se pone mucho cuidado en que vayan bien hechas, y que no haya que reprehender. Debe, pues, el espiritual en todas sus obras, yà espirituales, ò yà temporales, poner por fin principal à Dios Nuestro Señor, y el cumplimiento de su Santisima voluntad, haciendolas puramente por agradar à Dios, sin atender à las criaturas,

turas, si quiere que sean de gran valor, y merito, pues tanto es uno, quanto es delante de Dios; y no mas, como nuestro Padre San Francisco varias veces decia.

Lo sexto, otras veces por temor de que le vèn las criaturas, suele dexar de hacer muchas buenas obras, como ayunos, disciplinas, y obras de caridad, temiendo la vanagloria, y el ser tenido por beato: este amor debe de todo punto desarraigarle, mientras que no venciere ese *que diràn,* no darà un paso en la virtud, y de la vanagloria no hay que hacer caso, sino responder

der entonces al Demonio lo que San Bernardo: *Ni por ti lo comenzè, ni por ti lo dexarè, pues solo Dios es quien me mueve.*

Lo septimo, nace de este amor la sobrada diligencia en las comodidades del cuerpo, y en el aseo, y compostura exterior, y para esto debe usar de algunas disciplinas, silicios, abstinencias, y otras incomodidades, pero con discrecion, y consejo de su Padre Espiritual. Y en quanto al aseo, y compostura, procure huir toda curiosidad, y à veces vestirse, y aderezarse desaliñadamente, aunque sin nota, y afecto de particularidad, sino de-

de suerte, que los que lo vèn lo atribuyan à floxedad, y desaliño.

Lo octavo, resulta de este amor propio el apetecer puestos honrosos, Dignidades, Prelacìas, &c. Y para mortificar esta peste infernal, es necesario acostumbrarse à hacer muchos actos de humildad, y exercitarse en los oficios, y ministerios mas viles, y baxos que segun su estado le sea posible, y no solamente no pretender, ni desear Dignidades, y Prelacìas, pero si se las ofrecieren, desecharlas, y no las admita por ningun caso, sino es que la obediencia obliga à ello.

Lo nono, de el amor propio se origina amar algunas personas con demasìa que inquiete, y para vencerlo se advierte, que no hay cosa que asi estorve el exercicio de la Oracion, como tener preso el corazon con alguna aficion particular, aunque sea à personas santas, y virtuosas, pues aun estas de tal manera se han de amar, que el carecer de su vista, ò comunicacion, no inquiete el corazon, porque solo Dios quiere ser el dueño de èl, sin que entre à la parte criatura alguna, y tanto quanto mas amaremos à alguna cosa, tanto menos amarèmos

à

à Dios, y menos nos comunica sus dones, y favores.

Lo decimo, de aqui tambien nace el desear cosas superfluas, y que solo sirven para regalo, y gusto, lo qual ha de ser, y estàr tan lejos del espiritual, que solamente ha de querer tener lo que segun su estado le es necesario, y no mas, y aun de esto se ha de holgar algunas veces le falte, pues no se puede llamar pobre de espiritu el que tiene todo lo necesario, sino el que se goza, y alegra en la falta de ello.

Lo ultimo, del amor propio nace desear en la Oracion, y exer-

exercicios espirituales, tener consuelos, y gustos extraordinarios, y apetito à visiones, revelaciones, extasis, raptos, &c. Y por ser sumamente necesario mortificar este apetito, aunque sea de cosas espirituales, se ha de advertir, que se ha de holgar, y alegrar de que Dios no le lleve por camino de visiones, &c. Por la dificultad grande, que hay de conocer quando sean de Dios, pues las mas veces proceden del natural mismo, ò por su mucha flaqueza, que con qualquiera ilustracion prorrumpe en acciones, y muestras exteriores, ò por el conato de la misma alma, que

en

en sintiendo qualquier consuelo afectuosamente, se ayuda, entregandose toda al consuelo, y gusto, que es vicio de gula espiritual, y un usar mal de las cosas divinas, y para nuestro deleyte sensual. O procede de la viveza de la parte sensitiva, en quien redundando la abundancia del consuelo interior, de tal suerte se ceba en èl, que muchas veces sale de sì, y enagena los sentidos. Todo lo qual al juìcio humano es de mucha estima, en el de Dios es de ninguna, antes de estorvo grande, para que el alma reciba el fruto espiritual, que Dios por medio de

estas

eſtas cosas querrà infundir en ella : ò yà porque muchas veces el Demonio se transfigura en Angel de luz , y engaña la pobre alma , llenandola de presuncion, y soberbia , hasta despeñarle del todo miserablemente ; y asi para no errar , ni estar engañados , no solo no se han de desear estas cosas, sino que antes en ellas el alma negativamente se ha de haber, eſto es, que quando la experimente no ponga la atencion en ella, ni las advierta, ni haga aprecio grande de ellas, sino ponga toda la atencion , advertencia, y afecto del alma solamente en

Dios

Dios, sin hacer reflexion sobre las tales cosas, por altas, y encumbradas que sean, ò parezcan, estandose firme con el afecto directo de la atencion en aquel sèr divino de Nuestro Señor, que este es el consejo mas seguro, y mas conforme al verdadero espiritu, y es doctrina de todos los Santos, y Maestros Mysticos: y porque no es posible decir todo lo que se pudiera à cerca del amor propio, lo dicho baste, que es lo mas importante, que de èl escriben los Santos.

***

DE

DE LA MORTIFICACION *de la propia voluntad.*

AUnque el amor propio comprehende todos los afectos, y movimientos desordenados, con que el hombre se busca à sì mismo, asi los de la parte sensitiva, como los de la racional, con todo esto para mayor distincion, y claridad, dirèmos aqui algunos, que propiamente parece que se originan de la propia voluntad, la qual dice San Bernardo, que es lepra contagiosa de el alma, y asi todas las obras hechas solo por cumplir

nues-

nuestra voluntad, no agradan à Dios, antes en sus ojos son culpas mas, ò menos graves, segun la calidad de ellas, y asi el mismo Señor dixo por Isaìas: Porque en el dia del ayuno hiciste tu voluntad sin atender à la mia, por eso no me agradè de èl: y lo mismo, como advierte San Bernardo, se entiende de todas las demàs obras por santas que parezcan: porque de ninguna cosa viciada con la propia voluntad, gustarà Christo Señor nuestro por ser ella la que hace guerra à Dios, y la que mas aborrece, y la que mas rigorosamente ha de castigar: Què

cra

otra cosa ha de abrasar aquel fuego, sino la propia voluntad? Cese la propia voluntad, y no habrà infierno. Hasta aqui son las palabras del Santo, que sintiò bien quan perniciosa cosa es la propia voluntad, y los gravisimos males que nacen de ella: mas dexando à parte los pecados graves, y manifiestos, contra los que el espiritual ha de hacer guerra; son los siguientes.

Primeramente, ha de mortificar el apetito de querer saber vidas agenas, no queriendo saber sino es solamente las obras buenas, y virtudes del proximo, que con el buen exemplo nos

pue-

puede edificar; y de las malas solamente aquellas, que por razon de oficio nos pertenece remediar, porque el que es curioso de saber vidas agenas, de ordinario se descuida de sì mismo.

Lo segundo, nace de la propia voluntad ser poco obediente à sus Prelados, y mayores, lo qual ha de mortificar obedeciendoles en todo fielmente, no solo en lo que à èl le pareciere està puesto en razòn, sino tambien aunque le parezca impertinencia, y desatino lo que manda, con tal que no sea contra su alma, y contra su Regla, è Instinto; dexandose regir en todo

por la voluntad, y parecer del Prelado; y no solamente à los mayores, pero à los iguales, è inferiores, debe obedecer en todo lo licito, y honesto, segun aquello de San Pablo: Sujetaos, dice, à toda humana criatura por amor de Dios.

Lo tercero, la propia voluntad tambien es causa de que en orden à su espiritu se quiera regir libremente por sì, sin sujetarse à su Padre Espiritual, que lo gobierne, este es un yerro tan grande, que no es posible quien estuviere en èl aprovechar en la virtud, ni aun dexar de ser engañado del Demonio,

y

y asi el espiritual, que no quiera perderse, tenga siempre, si fuere posible, Padre Espiritual, que le gobierne, y rija, à quien darà cuenta de todo, asi en quanto à lo interior, como en quanto à lo exterior de sus acciones, y en la execucion de ellas, ò en el dexarlas, no salga un punto de su consejo en manera alguna.

Lo quarto, proceden tambien de la propia voluntad amistades, y conversaciones particulares, y aunque en todos estados son dañosas, y contrarias al verdadero espiritu, pero mucho mas en Comunidades: por-

que demàs de faltarse con tales amistades à la igualdad, que es razòn se guarde, nacen de ellas las embidias sospechosas, vandos, emulaciones, y murmuraciones continuas, con que se perturba la paz, y sin ella no puede haber espiritu.

Lo quinto, nace de aqui querer traer à todos à su voluntad, y que hagan las cosas como èl quiere, sin querer jamàs acomodarse à los otros, haciendo totalmente lo contrario, y no acomodandose à la voluntad agena, y negandose à la suya propia, en todo lo que no desdice de la perfeccion.

Lo

Lo sexto, quando el Superior quiere ser muy obedecido, no tanto por el servicio de Dios, y bien de los inferiores, quanto porque èl lo manda, y que quiera ser obedecido, es muy justo; pero siempre teniendo por fin la mayor gloria de Dios, el cumplimiento de su santa voluntad, y el bien de sus subditos, de tal manera, que à no ser tan justas estas razones, que estàn de por medio, descàra ser desobedecido, y en quanto es de su parte despreciado de todos, reconociendose por indigno de bezar la tierra que pisa.

Lo septimo, en dandole

apetito de hacer, ò decir alguna cosa, sin atender, ni examinar si conviene, ò no, y luego se pone à imaginar, y trazar medios para conseguirla, conviene, pues, que primero con particular advertencia examine qual serà mas conforme à la voluntad divina, el hacerla, ò dexarla, ò yà que juzgue ser conveniente el hacerla, què medios seràn mas seguros segun Dios? y aquellos elija, pospuesto todo lo demàs à que la voluntad se inclina, y si se halla dudoso en conocer qual sea mas de la voluntad de Dios, advertirà à lo que la Ley Divina orde-

ordena, y hà mandado, ò prohibido, y si la cosa fuere de las mandadas, ò por Ley Divina, ò humana, ò por Estatutos, ò por costumbre general, ò particular del estado de cada uno, hagala luego para gloria de Dios; pero si fuere de las cosas prohibidas por algunas de las razones dichas, abstengase de hacerlas siempre por el fin sobredicho, de que esa es la voluntad divina. Y si la cosa que se le ofrece no es de las mandadas, ni de las prohibidas, sino que de suyo es indiferente, como es quando le viene voluntad, ò deseo de decir en alguna con-

versacion la gracia, el donayre, el concepto agudo, algo tocante à su linaje, y propia alabanza, ò deseo de vèr alguna fiesta, ù otra cosa de gusto, ò apetito de querer preguntar, ù oir nuevas de tal parte, ò de tal persona, ò vèr que es lo que pasa por la calle, ò bolver los ojos al ruido que siente, ò para conocer quien viene detràs, ò à quien por junto à èl pasa, y otras cosas semejantes: en tal caso, aunque es verdad, que licitamente se pueden hacer, y si habiendose, se les dà por fin, el hacerlas por amor de Dios, ù otro fin santo, y bueno, seràn

ràn meritorias; pero es tan dificultoso que en lo que uno apetece, y desea, vensa de tal suerte el apetito, que haciendolo se mueva puramente por Dios, que lo juzgaron los Santos casi por muy imposible, sino es en personas muy adelantadas en todo genero de virtud, y mortificacion.

Y asi, para que en las cosas sobredichas, y otras semejantes, entienda el alma, que con seguridad obra, segun la voluntad divina, lo mas acertado es, no mirarlo, ni preguntarlo, no contar cosa à que se siente inclinado. Y finalmente obra-

obrarà siempre contra aquello à que el apetito, y deseo se inclina, en lo qual hay mas merito, que rasgarse las carnes con disciplinas, y asperezas, como todos los Santos dicen, y enseñan, y la razon es, porque en el dexar lo que apetece, y desea, hay claro quebranto de la propia voluntad, y en la disciplina que hace, quizà se dexa llevar de la propia voluntad. Y que lo dicho sea mas claro, se vè en lo que Christo Señor Nuestro nos dice por su Evangelista: El que me quisiere seguir, nieguese à sì mismo. En las quales palabras nos de-

clarà,

clara, como su voluntad es que nos mortifiquemos, ò neguemos en todo, negando nuestra propia voluntad. Lo qual hacemos siempre que obramos contra nuestro apetito, è inclinacion, en que consiste la verdadera perfeccion, y la voluntad de Christo Nuestro Señor.



DE LA MORTIFICACION de el entendimiento.

NO es de menos importancia, y merecimiento, la mortificacion del entendimiento, y propio juìcio, que el de la voluntad, del qual nacen gravisimos pecados, y es la fuente de todos los errores, heregias, y falsas doctrinas: es el que hace à los hombres contrarios à la union, enemigos de la paz, faltos de caridad, grandes en su opinion, soberbios, vanos, è idolatras de sì mismo, como advierte San Bernardo; de donde se colije la ne-

nesidad grande, que tiene el espiritual de mortificar su propio juìcio, cuya victoria es tan gloriosa, que el que la consigue, vence con un golpe de cuchillo espiritual todos los vicios, cortando la raiz de todos ellos, y adquiere con este vencimiento preciosos despojos de humildad, paciencia, caridad, paz, y alegria espiritual, y perfecto cumplimiento de la voluntad divina; dexados, pues, à parte los pecados, y errores graves de que el espiritual està muy ageno.

Primeramente, nace de el entendimiento una vana estima-

macion de sì mismo, con la qual desea que se ofrezcan ocasiones para ostentar, que es sabio, leido, entendido, y discreto. Debe, pues, el espiritual persuadirse, à que no tiene buen entendimiento, y à que es un ignorante, è incapaz, en comparacion de otros, y quando demos caso, que su entendimiento sea muy encumbrado, advierta que la sabiduria de este mundo es para con Dios necedad, y estulticia, y que no à los presumidos, y soberbios, sino à los humildes revela Dios sus secretos, y comunica sus favores, como nos enseñò Christo

Señor Nuestro por San Matheo. Y asi desnudese de su soberbia, vanidad, y presuncion, y vistase de la santa humildad, si quiere hacerse capaz de los divinos favores.

Lo segundo, el entendimiento, y propio juicio, es causa de contiendas, y porfias pertinaces, no pareciendole digno de su reputacion, reconocer ventajas, y teniendo por cosa indignisima, darse por vencido, y no salir con la suya; esta es una gravisima imperfeccion, y para mortificarla es necesario, que en todo lo que el hombre no tiene evidencia, y certidumbre, de-

debe seguir el parecer ageno, que asi no se sigue daño, ni detrimento à la virtud: niegue su juicio, y parecer, sin dàr lugar à porfias, y siga el de los otros, principalmente quando los de contrario parecer son superiores, ò mas antiguos en la edad, ò en letras, ò en Religion, ò experiencia, y aunque sean iguales, ò inferiores, con tal que sean cuerdos, y prudentes, y considerados: y tenga el espiritual por sobrado triunfo el que alcanza de sì mismo, dexandose vencer de otro, aunque le sobre la razon.

Lo tercero, de aqui tambien

ñace el tener embidia de que otros se le aventajen, y tengan mayor aplauso: debe, pues, el siervo de Dios gozarse de el bien ageno, y tenerle por propio, deseando que à èl le desestimen, que es el camino seguro para aprovechar en la virtud.

Lo quarto, procede del entendimiento, procurar en lo que refiere, y dice, usar de muy agudos conceptos, y discursos, vestidos de curiosidad, y lengua afectada; todo lo qual es contra el verdadero espiritu, de quien es propia la simplicidad, verdad, y brevedad en lo que refiere, sin atender à el aplau-

aplauso, y estimacion, sino antes desear, que sus palabras no sean bien oidas, sino despreciadas, y de esto solo se goze, y lo contrario tenga por molesto, y penoso.

Lo quinto, es causa de que el hombre eſtè tan asido à su parecer, que en ninguna cosa quiere pedir consejo, y esto quan dañoso sea en las cosas que tocan al espiritu, yà queda dicho antecedentemente, y la necesidad que tiene el espiritual de Padre, y Maestro por quien se gobierne, y rija, y en las demàs cosas que no son tocantes al espiritu, debe acostumbrarse à pedir con-

consejo, no solo en las cosas graves, sino tambien en las que no importan, pues haciendo esto, se humilla de veras, niega su propio juicio, y alcanza particulares favores de Dios, y luz para acertar en todas sus cosas.

Lo sexto, y digno de gran reparo, que del propio juicio nace, es juzgar temerariamente de los dichos, y hechos agenos, y atribuirlos siempre à la peor parte, para cuyo remedio debe advertir el espiritual, que esto es una cosa de que Dios se dà por muy sentido; pues

solo à èl le toca ser Juez de nuestras acciones, y para evitar el enojo divino, y para caminar mas seguro, conviene los dichos, y hechos agenos echarlos à mejor parte; y quando en sì sean tales, que no pueden escusarse de culpas, entender que lo dirìa, ò harìa con buena intencion, ò por lo menos con inadvertencia, y quando aun esta no pueda escusar, sino que la malicia del que cometiò la tal cosa, sea evidente, y clara, entienda entonces, que la tentacion fue muy vehemente, y el natural flaco para resi-

sistir, y compadezcase de èl, encomendandole à Nuestro Señor, y reconozca, que si Dios le huviera à èl dexado de su mano, ò le huviera permitido tentar tan fuertemente, huviera caido mas miserablemente que otro alguno.

Finalmente, para perfectamente exercitar todo lo dicho, es necesario, que el entendimiento estè siempre atento, y advertido à todos los pensamientos, palabras, obras, acciones, inclinaciones, y apetitos; porque si un punto se descuida, hallarà que en todo quanto le

ofrece, le lleva arrastrando su propio amor, su propia voluntad, y su juicio propio; su interès, su comodidad, su gusto, y eſtimacion; asi para evitar eſte peligro, debe no descuidarse en cosa, valiendose para eſto de las consideraciones siguientes.

La primera, de el propio conocimiento, conociendo su nada, y como tal desestimarse, pues de nada fue criado, y por sì en nada se bolviera. La segunda tenerse por la mas inutil de las criaturas, y por el mayor de todos los pecadores, bolviendo los ojos à sus pecados,

y defectos en general, y admirandose de la benignidad de Dios que le sufre; desestime su baxeza, y procure unirse à la practica de ella: lo qual consiste lo primero, en aborrecer toda honra, y alabanza, y quando se ofrecieren estas cosas, huyalas de todo punto, juzgando que es fuera de razon dàr honra à una criatura tan vil.

Lo segundo, abraze con gusto todas las persecuciones, afrentas, confusiones, y desprecios, y agradezca à el Señor que le trata de tal suerte, reconociendose por indigno de

que Dios le visite de tal modo; quando podria usar con èl de su divina justicia.

Lo tercero, reciba con gusto, que Dios le prive de gustos espirituales, y que le embie tribulaciones, y desamparos; confesandose indigno de sus favores. Y finalmente, quanto es de su parte escoja siempre lo mas vil, y baxo, tanto de lugar, como de vestidos, y todo lo demàs. Y en todo busque la gloria de Dios, y el cumplimiento de su voluntad divina, que si asi se exercita bien, puede seguramente fiar de Dios, que le harà muy

con-

conforme à su querer divino.

Lengua de Angeles era menester, y aun no bastaba, para referir las excelencias de la mortificacion, y los frutos grandes que se siguen à el alma de su exercicio, y el premio dichoso con que en la bienaventuranza han de ser coronados los que aun estando en la carne, no viven segun ella, sino segun el espiritu, y segun Dios, siguiendo en sus palabras, y pensamientos, y acciones; no el movimiento de la inclinacion natural, y pasiones desordenadas, sino el movimiento, y dictamen de el espiritu,

ordenado con la luz, y fuerzas de la Fè, y de la gracia de Christo Señor Nuestro, à quien se hacen semejantes. Pero baste que à cada inclinacion, y apetito, que el hombre mortifica, corresponde un grado de nueva vida de espiritu, y de gracia, y de merecimiento, y à èl en la otra vida otro grado de gloria. Y asi como à una vid, ò parra, que tiene sus raìzes en la tierra, y esta vive con cortarlas los sarmientos quando se poda; asi al Justo que tiene vida de gracia el mortificarse, que es mortificar apetitos,

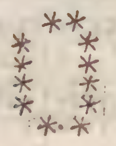
y

y cortar pasiones desordenadas, es renovar la vida espiritual, crecer en ella, y dàr frutos de vida en abundancia, que son obras santas, y agradables à Dios, con las quales alcanza luz para las cosas divinas, consuelo, y alegria en los trabajos, sujecion de la carne al espiritu, victoria de las pasiones, y tentaciones, facilidad, y suavidad en las buenas obras, eficacia para impetrar divinos dones, pureza para contemplar, fortaleza contra los temores humanos, paz, y serenidad espiritual, con ella satisface por los pecados pasados,

dos, y se libra de los por venir. Y finalmente, con la mortificacion se enfrena la ira, se apaga la concupiscencia, y se hace el hombre benigno, manso, suave de condicion, y verdadero imitador de Christo Señor nuestro, y Salvador (que como dice Ricardo de Santo Victore) quando el espiritual tuviere mortificada la carne, y rendida la propia voluntad, amor propio, y propio juicio, entonces despide de sì un olor suavisimo de todas las virtudes, y viene à alcanzar la cumbre de la perfeccion,

cion. Dios Nuestro Señor nos dè gracia, y luz, para que de esta suerte nos exercitemos, que en esta vida la consigamos para gloria de su Magestad, y cumplimiento de su santa voluntad.
Amen.

LAUS DEO.



IN-

INDICE

DE LO QUE COMPREhende este Compendio, y Tratado de la Mortificacion.

CAPITUTO I.

CAPITULO II.

CA-

CAPITULO III.

FIN.






PRACTIC
Ha.
2027